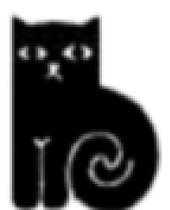


GUERRA CICLICA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

534. — Alí Babá y los cuarenta marcianos, *Adam Surray*.
535. — La trampa de los androides, *Ralph Barby*.
536. — Un cerebro de ida y vuelta, *Glenn Parrish*.
537. — Cerebros cautivos, *Curtis Garland*.
538. — Puerta a la galaxia, *Clark Carrados*.

A. THORKENT

GUERRA CÍCLICA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 539
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES –
CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 30.697 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: diciembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto

exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El convoy procedente de las minas galesas aminoró la marcha. Comenzaban las curvas que conducían a Chester y el piso de la carretera estaba por aquellos lugares muy deteriorado.

Ross Shield bajó los binoculares de sus ojos. Se volvió a sus compañeros y dijo:

—Como siempre, vienen detrás, a unos cien metros de distancia del último camión.

Toni Almanzar mascaba una brizna de hierba y preguntó:

—¿Alguna modificación en el plan?

El jefe de la partida negó con la cabeza al tiempo que acariciaba su metralleta. Todo se estaba desarrollando como habían previsto. Los rahas parecían confiados. Alzó la mirada hacia el monte al otro lado de la serpenteante carretera. Las señales luminosas seguían informándoles. Allí estaba Lazar. Decía que no se veían movimientos de rahas más al oeste.

Ross se volvió y estudió a sus doce hombres. No vio en ninguno de ellos ninguna indecisión. A su lado, Almanzar se movió y las hierbas secas crujieron bajo él.

Los camiones fueron pasando. Ross quiso imaginarse a los hombres que los conducían, en lo que pensaban. Apartó aquel pensamiento. Probablemente iban a tener problemas con sus amos más tarde. Pero eso no podía remediarlo.

Estaban en guerra y no era posible evitar posibles represalias.

Pasó el último camión y apareció la imponente masa de metal bruñido, flotando a unos diez centímetros sobre la accidentada carretera.

—¿Cuántos, Ross?

—Calculo que unos seis —respondió Shield—. Siempre suelen ir seis en ese tipo de vehículo.

Observó el corto cañón que salía de la torreta achatada.

Era lo primero que había que eliminar. Sin aquella terrorífica arma podían salir victoriosos.

El hombre que llevaba el bazooka se arrastró y colocó en posición. De soslayo miró a Ross, quien calculó la distancia que

debía recorrer la masa metálica.
Escuchó los chasquidos de las armas al ser montadas y alzó la mano. El hombre disparó el bazooka y el proyectil silbó en el aire, bajando en dirección a la carretera.
Explotó justamente en la base de la torreta. Entonces Ross no esperó más. Apretó el detonador.
Una gran explosión se produjo debajo del vehículo, que pareció botar en el aire varias veces. Se deslizó unos metros y tropezó contra unas rocas situadas en el linde de la carretera.
Cuando el humo se disipó, los hombres bajaban por la ladera. Ross miró con ansiedad hacia la torreta. El corto cañón no se movía. Respiró aliviado. Por la carretera, los camiones cargados de carbón se alejaban. Tenían que haber oído las explosiones, pero los conductores sabían que sería una locura quedarse allí.
Levantó una mano cuando llegaron a unos doce metros de la cuneta. Los hombres se tendieron y apuntaron sus armas automáticas.
Ross miraba el vehículo, ahora descansando sobre la grava. Había dejado de flotar y presentaba grandes daños en su base.
Una portezuela circular, de dos metros de diámetro, comenzó a abrirse.
—Si es un enano corre de mi cuenta —rió un poco nerviosamente Almanzar, echándose al rostro su inseparable rifle con mira telescópica.
Pero lo que salió del vehículo gris fue algo de enorme tamaño. Una masa marrón y peluda descendió al suelo. Tenía casi tres metros de altura y Ross pensó que seguían pareciéndole osos los rahas gigantes. Almanzar resopló y bajó el rifle.
No era trabajo para él. Un hombre pequeño y menudo montó su fusil cargado con balas explosivas y empezó a disparar.
El raha recibió los impactos y se tambaleó. Se escucharon nuevos disparos y a continuación una larga ráfaga de metralleta.
El ser gigantesco soltó un aullido y cayó al pie de la carretera. Algunos hombres de Ross soltaron gritos de triunfo, que se helaron en un segundo cuando del vehículo surgieron más

figuras. Ahora eran pequeñas, de metro y medio de altura y corto pelo gris. Sus cabezas de gamo estaban cubiertas con cascos de acero y de los delgados cuerpos pendían unos correajes que sostenían varas de metal de diversos tamaños.

Ross ordenó fuego a discreción. Pensó que Almanzar ya no iba a disponer de un blanco fácil como hubiera sido si el primero en salir del vehículo hubiese sido un raha pequeño.

De todas formas, Almanzar derribó a un raha a su segundo disparo. Le dio en plena frente, entre los dos pequeños y rojos ojos.

Salió un raha grande, empujando a los pequeños, que ya habían tomado sus varas de metal y las dirigían contra las laderas.

El aire empezó a llenarse de zumbidos y trazos luminosos.

Los rahas disparaban sus rayos alocadamente, sin poder ver a sus enemigos. El ser marrón aullaba y movía sus grandes brazos como si fueran aspas. Se agachó y se alzó, levantó un tubo de azul pálido, que empezó a manejar como si fuera un cañón.

—¡Contra el raha cíclope! —gritó Ross, apuntando y disparando una corta ráfaga. Su metralleta dejó de disparar y nerviosamente colocó otro cargador.

Un hombre saltó de la cuneta y corrió un par de metros.

Tiró algo contra los rahas. Entonces fue alcanzado por un trazo luminoso y su cuerpo fue atravesado por la intensísima luz. Se dobló sobre el vientre del que salía un torrente de sangre. Doblaba sus rodillas cuando la granada que arrojó estalló entre los rahas grises.

Almanzar se colgó el rifle y tomó una metralleta. Corrió lateralmente y disparó contra el único ser que quedaba con vida. Era un raha pequeño, pero tuvo que vaciar un cargador completo antes de conseguir que se quedase inmóvil.

Repentinamente se hizo un total silencio.

Muy despacio, los hombres surgieron de sus escondites y se dispersaron, vigilando ambos lados de la carretera. Ross se acercó al hombre caído. Le cogió por una muñeca y se levantó. Negó con la cabeza a Almanzar cuando éste se le acercó para

interesarse por él.
—No hay nada que hacer —dijo Ross—. Ya sabemos cómo se las gastan los rayos de esos monstruos.
Observó con cierta indiferencia cómo dos de sus hombres recogían las varillas diseminadas por la carretera. ¿Acaso algún día se servirían de ellas, cuando descubriesen su secreto?
Les dejó hacer. No eran las primeras que obtenían y pensó que unas más tampoco molestarían en la guarida.
Un hombre salió del vehículo inmovilizado.
—Ross —dijo—. ahí dentro sólo hay un cíclope despanzurrado.
—Coge lo que veas de interés —replicó el jefe—. Tenemos que largarnos cuanto antes. ¡Almanzar! ¡Qué pasa con el convoy!
Toni Almanzar regresó corriendo desde la curva.
—La mayor parte de los camiones se han largado. Sólo he podido detener a los tres últimos. Peter y José los están dinamitando.
—¿Y los conductores?
—Les dije que se largaran —Almanzar movió la cabeza—.
Tienen collares rojos.
Ross barbotó una maldición. Desde hacía algún tiempo los rahas estaban usando un tipo de collar distinto en sus esclavos. Uno de metal rojo era imposible de quitar. Quien lo había intentado había perdido las manos al estallar y la cabeza del desdichado que lo tenía volaba cien metros por los aires.
Si, Almanzar había hecho lo mejor diciendo a los conductores que huyeran. Si tenían suerte los rahas volverían a conducirlos a sus bases. Pero si los amos se enfurecían demasiado y los consideraban culpables de lo sucedido, harían que los collares se cerrasen hasta el diámetro de un anillo.
Ross gritó a sus hombres para que se reuniesen. En realidad ahora comenzaba lo peor de la aventura. Los rahas lanzarían en su persecución unidades de combate procedentes de su base situada a unas treinta millas. Tenían que alcanzar la guarida antes que fueran descubiertos.
Sintió que un hombre le tocaba en el hombro. Le miró y siguió con la vista la dirección de su brazo.
Desde el monte. Lazar seguía enviando señales ópticas.

Almanzar, a su lado, las leyó en voz alta:
—Se acercan dos naves enemigas. Ross.
Shield apretó los labios. No contaba con eso. Al parecer había cerca una patrulla raha. ¡Había que detener las explosiones!
En aquel mismo instante estallaron los camiones situados al otro lado de la curva. Se elevó una gran columna de fuego y Ross no esperó más. Indicó a sus hombres que descendiesen. Regresar a las alturas de los montes sería mucho peor. Los rahas estaban aprendiendo de prisa y ellos rastrearían primero aquellos lugares.
Los doce hombres siguieron a Ross, deslizándose por la ladera. Algunos resbalaron con las prisas y rodaron unos metros, se levantaron y siguieron corriendo. Allí la vegetación era abundante y podrían ocultarse durante los primeros minutos.
Antes de perder de vista el monte desde el cual Lazar había estado enviado las señales, comprobó que éste debió haberse largado. Ya no había ni un solo destello más.
—¿Estamos haciendo lo más prudente, Ross? —le preguntó Almanzar—. Nos alejamos de nuestra guarida...
—Para llegar a ella tendríamos que cruzar el llano, y durante media hora ofreceríamos un blanco magnífico a las naves. Es distinto cuando nos persiguen los vehículos flotadores.
No era la primera vez que se veían en una circunstancia semejante, pero siempre habían salido con bien. Empero, Ross tenía ahora un amargo presentimiento. Era consciente que alguna vez su buena suerte tenía que fallarles. No se podía burlar a la muerte impunemente mucho tiempo.
Gritó que se dispersasen, que se formaran los grupos de cuatro hombres según lo acordado y cada uno tratase de regresar a la guarida.
Almanzar siguió a Ross además de tres hombres más. Su lugarteniente, jadeante, le dijo:
— Tardaremos más de dos días en volver al hogar si seguimos por esta dirección.
Ross no respondió. Conocía a Toni demasiado bien para pensar que éste no estaba a gusto huyendo. Decía que la gente de la Tierra ya se había acobardado una vez y dado la espalda

al enemigo común. A Toni le entusiasmaba la lucha y sus ojos brillaban cada vez que un raha caía muerto.
Se perdieron de vista los otros dos grupos, alcanzaron un pequeño bosque, pero antes divisaron a la derecha una granja de la que sólo quedaban unos muros ennegrecidos. Los rahas la había destruido tal, vez el segundo año de su llegada.
—¡Al suelo! —gritó Ross al percibir su fino oído el levísimo rumor que producían las naves rahas:
Se apretó contra la hierba, al pie de un pequeño árbol.
Alzó un poco la cabeza y vio aparecer por el oeste la plateada nave raha. Era de unos veinte metros de diámetro, delgada en los bordes y con dos altas protuberancias laterales. Aunque no estaba muy seguro, se suponía que en cada una de ellas había un par de rahas.
Las naves de aquel tipo contaban con armas parecidas al rayo que los rahas usaban mediante las misteriosas varillas que sólo ellos podían hacer funcionar, pero de un foco de acción muchísimo más amplio.
Sólo había una nave, aunque Lazar dijera que se trataban de dos. Posiblemente la otra había tomado la dirección sur, sobrevolando los montes que el grupo había desechado para la huida.
Escuchó la voz de Almanzar que susurró:
—Esos perros están aprendiendo de prisa. —Apenas le vio un poco la punta de la bota izquierda, oculto detrás de un matorral —. Ya no persiguen a las guerrillas en grupo, sino que se dividen.
—No debemos despreciar nunca al enemigo —replicó Ross.
La nave volaba despacio a unos trescientos metros de altura. Se desvió hacia la derecha, alejándose de ellos.
—Parece que vamos a tener suerte... —empezó a decir Almanzar.
Se escuchó dos largas ráfagas de metralleta. Procedían de algo más de un kilómetro de donde estaban ellos. Almanzar salió de su escondite, mirando fijamente a Ross.
—Ese imbécil de Peter está disparando contra la nave —exclamó Ross.

Almanzar no respondió. Se arrodilló y miró en la dirección de donde habían disparado contra la nave.
Tensos, los dos hombres observaron. La nave descendió un poco más. Los disparos resultaban inofensivos contra ella. Volvieron a disparar, aunque con más insistencia.
De la panza de la nave surgió un foco de luz, que al avanzar se ampliaba. Cuando tocó la maleza se produjo un violento incendio.
—Están listos —dijo Almanzar bajando la cabeza. Intentó ponerse en pie y Ross le agarró.
—Quédate ahí —dijo—. Ya se han cometido hoy muchas locuras.
—¡Ross! ¿Es que no estás viendo como yo que los achicharrarán?
—Sabes que no podemos hacer nada y ellos debieron pensar que disparando inútilmente contra la nave sólo iban a conseguir ser descubiertos.
—A veces no te entiendo. Ross —dijo con desaliento Almanzar.
—Soy el responsable de las vidas que quedan —masculló Ross —. Y me siento culpable por haber confiado tres hombres a Peter. Seguro que él fue el primero en disparar.
La nave siguió quemando una zona de la arboleda. Era un fuego extraño. Cuando el rayo dejaba de incidir se apagaba fulminantemente.
Permanecieron en aquel lugar casi veinte minutos, siempre temiendo ser descubiertos por los rahas. Pero la nave terminó elevándose y se alejó en dirección oeste, posiblemente de regreso a la base.
—Deben pensar que han acabado con todos —comentó Almanzar, incorporándose y mirando con rabia hacia el lugar donde los rahas habían atacado.
Reanudaron la marcha en silencio. Al cabo de dos horas se reunieron con el otro grupo. Ross les contó lo que había ocurrido a Peter y los suyos. Mortimer, un irlandés de rojiza cara, escupió y dijo:
—Siempre dije que trece era un mal número.
Sacó una botella de aluminio y echó un trago. No ofreció a

nadie, pero ninguno habría aceptado la invitación. Todos sabían que el licor que Mortimer bebía, que lo fabricaba él mismo, podía llegar a derretir un estómago no habituado.

La llegada de la noche les produjo una sensación de seguridad que no habían sentido desde que el día anterior abandonaron el refugio.

De noche los rahas parecían esfumarse, se recluían en sus bases, encerraban a los esclavos y permanecían alertas. Eran muy desconfiados hasta la salida del Sol y sus sistemas de alarma tan nutridos y eficaces que incluso resultaba temerario pensar en atacarlos entonces.

Los grupos que los hostigaban tenían que elegir el día para los golpes de mano, cuando salían de sus cubiles.

Acamparon en el bosque, cerca de una mina abandonada de carbón. Los rahas la habían agotado en sólo tres años de feroz explotación. En Gales optaron por el carbón y otros minerales, pero en el resto de la Tierra su ferocidad por las materias primas era aún mayor.

Sacaron sus raciones frías y Ross consintió en que se encendiera una fogata para hacer té. La Luna iluminaba el valle que tenían a sus pies, una tierra ennegrecida, con las instalaciones de las viejas minas destruidas por los mismos rahas cuando consideraron que ya no valían nada.

Hacía frío, pero nadie propuso bajar al valle y refugiarse en las ruinas. Ya habían estado allí y todos recordaban la dantesca visión que se ofreció a sus perplejos ojos.

Los rahas habían eliminado a centenares de mineros cuando no los necesitaron. Los esqueletos se amontonaban en las entradas de los pozos y alrededor de sus cuellos aún brillaban collares azules y verdes. Entonces aún no habían puesto en funcionamiento los terroríficos de metal rojo.

Ross extendió su saco de dormir y dijo antes de tumbarse:

—Mañana empezaremos el regreso.

CAPÍTULO II

Aún conservaban el bazooka y tres proyectiles.
Ross pensaba, mientras caminaba al frente de sus hombres al amanecer, que si pronto no volvían a localizar otro depósito militar su guerrilla se quedaría sin municiones antes de un mes.
Pasaron por delante de un pueblo abandonado, rehusaron la estrecha carretera flanqueada de pinos y entraron en una zona de cultivos. Claro que allí sólo había ya cizañas.
Ross aspiró el aire de la mañana. Era fresco, pero demasiado húmedo. Se estremeció y apretó con fuerza su metralleta.
—Te veo inquieto —le dijo Almanzar, liando un cigarrillo.
—Encuentro este lugar demasiado calmado y...
No terminó la frase. Delante de ellos apareció un vehículo raha. Era de los mayores. Corría a gran velocidad a un metro de los pastos.
Habían sido descubiertos.
—¡Dispersaos! —gritó—. Tú, el del bazooka, conmigo. El hombre corrió hacia él con la pesada carga. Le siguió otro hombre con una caja conteniendo los proyectiles. Almanzar se quedó al lado de Ross, demostrando una vez más que no le complacía volver la espalda a los rahas.
Se encontraban en un sitio condenadamente malo para huir y ocultarse. La nave raha les destrozaría antes diez veces que pudieran llegar a la aldea abandonada o alcanzar un bosque.
Sólo conteniéndola unos instantes los demás hombres tendrían una oportunidad. Ross ayudó al hombre a apuntar con el bazooka al vehículo enemigo que se aproximaba a ellos, erizado de armas. El otro sacó un proyectil y lo metió en el tubo.
Almanzar desechó su rifle y tomó la metralleta, revisó el cargador y siguió fumando.
Ross le miró una vez, preguntándose qué había dentro de aquel hombre que apenas debía contar quince años cuando llegaron los rahas, comprender un poco su odio desaforado hacia ellos, que le había convertido en un suicida.
Todo el mundo odiaba a los rahas. Era algo que unía a los hombres de la Tierra. Los rahas no aceptaban colaboradores voluntarios. Esclavizaban a los que necesitaban.
Del bazooka surgió el proyectil, voló hasta el vehículo y explotó

debajo de él, pero demasiado pronto. Rugiendo, el hombre volvió a cargar el segundo. Esta vez la explosión ocurrió delante de la masa gris de metal. Cuando el humo se disipó, Ross sonrió al ver que uno de aquellos proyectores de rayos había quedado inutilizado.
Pero el vehículo seguía avanzando.
Estaba a unos mil metros de ellos y todos sabían que apenas rebasaba esa distancia, los rayos entraban en funcionamiento.
Ross se volvió para comprobar que el resto de los hombres seguían corriendo. Tal vez tuviesen algunas probabilidades de escapar. Pero estaba seguro que ellos no dispondrían de ninguna.
Tal vez debido a la precipitación, el último proyectil erró el blanco. En aquel momento se disparó un rayo, saltaron todos y más de cuatro metros de diámetro de pasto delante de ellos estalló en una inmensa hoguera.
Almanzar se revolvió y disparó un cargador entero, soltando imprecaciones en un idioma que Ross no entendió, pero debía ser español.
Entonces todas las armas del vehículo raha se pusieron en funcionamiento, avanzando al tiempo que incendiaba el terreno delante de los cuatro hombres. Echaron a correr, pero el enemigo avanzaba más de prisa y en unos segundos serían alcanzados, sumergidos en aquel mar ígneo.
Ross tropezó y horrorizado vio que la muralla de fuego apenas estaba a diez metros de él. El calor le sofocó y cerró los ojos.
Pensó que los había abierto en seguida. No estaba seguro, pero el fuego había desaparecido. Entonces recordó que poco antes había escuchado un seco estampido.
Sorprendido, se levantó y trató de ver al vehículo raha.
Lo descubrió tumbado, destrozado y rodeado de llamas.
Cerca del enemigo se movían unas figuras.
—¿Qué ha pasado? —le interpeló Almanzar. Tenía el rostro ennegrecido y las ropas sucias de barro.
Ross quitó el seguro de su metralleta y señaló hacia delante.
—Hay gente cerca del vehículo raha.
—¿Quiénes son?

Se encogió de hombros.
—Pero son humanos. Y creo que fueron ellos los que eliminaron ese tanque volador.
Hizo señas a los hombres para que le siguieran. El hombre que había portado los proyectiles le dijo que el del bazooka había caído en la cortina de fuego.
Avanzaron despacio, con las armas preparadas. Los hombres que había cerca del destrozado vehículo enemigo les vieron aproximarse y se reunieron en un grupo compacto. Todos llevaban armas, pero ninguno las mantenía en actitud hostil.
Una persona se adelantó y desde lejos gritó:
—Debemos alejamos de aquí cuanto antes. Pueden llegar más.
Ross siguió andando, más de prisa ahora. Se habían tropezado con otro grupo de guerrilleros. Tal vez la máquina enemiga estaba allí en su busca, no siguiéndoles a ellos.
Cuando estuvo lo bastante cerca, descubrió que era una mujer, y joven. Tenía sus cabellos negros ocultos por un pasamontañas, y el pesado tabardo, cruzado con correajes llenos de municiones, no podía quitarle cierto aspecto grácil en su figura.
—Hola —dijo ella sonriendo—. Me llamo Jane Yeoman. ¿Podemos damos un poco de prisa?
—Gracias por ayudamos —dijo Ross, todavía sorprendido—. Mi nombre es Ross Shield.
—Lo sé. Ahora démonos prisa.
La siguió con la boca abierta. Conocía a todas las partidas más importantes existentes entre Gales y el Oeste de Inglaterra y nunca había oído hablar de Jane Yeoman.
La chica se apresuró en correr delante de sus hombres.
Eran unos quince y todos estaban fuertemente armados, con abundancia de municiones. A Ross le sorprendió que cada uno llevaba colgada una especie de mochila de metal, además de otra de cuero.
—¿Quién es? —preguntó Almanzar.
—Qué sé yo. ¿Tú has oído hablar por estas regiones de alguien llamado Jane Yeoman?
—¿Ella manda ese grupo?

—Por la forma que se comporta yo diría que sí.
—Bah. Es una mocosa. Seguramente estaría mamando teta de su mamá cuando llegaron los rahas —replicó, despectivo, Almanzar.
Ross arrugó el ceño. Jane parecía joven, pero seguro que tendría más de veinte años. Claro que Toni siempre exageraba. Ella tendría unos cinco o seis años cuando se produjo la llegada. Sucedía que tenía el rostro muy aniñado, pero sus ojos inducían a pensar que tenía más edad.
Cuando se alejaron lo suficiente, Ross preguntó a la mujer:
—¿Adónde vamos?
—A tu guarida, ¿no?
—¿Por qué? Sólo te pregunté si tenías algún plan.
—Iremos a la de Fong Nge.
Ross se plantó y ella dejó de caminar.
—¿Qué te pasa? —le preguntó irritada—. ¿A qué viene esa cara?
—Fong Nge no admite visitas.
—A nosotros nos recibirá muy bien. Oh, vamos, olvida que una vez discutiste con él.
—Tal vez él no lo haya olvidado. Jane soltó una carcajada.
—Claro que sí. Y estará muy contento cuando te vea. Almanzar se acercó. Había escuchado la conversación y dijo:
—Lazar nos espera en nuestro refugio, Ross. Si no volvemos se alarmará y saldrá a buscamos con el resto de nuestro grupo.
Jane se llevó dos dedos a la boca y soltó un agudo silbido. Sus hombres se detuvieron, algunos se sentaron y casi todos sacaron tabaco, que ofrecieron a los hombres de Ross.
Entonces la chica se puso delante de Ross con las manos en jarra. Con expresión irónica, dijo:
—Mira. Shield, en tu guarida no hay nadie ahora mismo.
—¿Qué estás diciendo?
—Lo que oyes. Hemos estado en ella y advertido a tu gente que debía largarse cuanto antes. Ya deben haber llegado a estas horas con Fong Nge. Uno de mis hombres quedó apostado en el camino para advertirte a ti y los tuyos si tomabais un sendero distinto y yo no lograba encontraros.

—¿Es que me buscabas?
—Por supuesto. He venido de Europa precisamente para verte.
—Me halagas.
—No seas iluso. ¿Alguna vez te has preguntado por qué Fong Nge no era muy amistoso con los demás guerrilleros?
—Muchas veces —replicó Ross, cada vez más confundido.
—Ese chico es un egoísta. No quiere compartir con nadie lo que posee. Se rumorea que conoce lugares llenos de armas y comida.
—Haz sólo caso la mitad de lo que contengan los rumores que se dicen por ahí —sonrió Jane—. Pero es cierto, Fong Nge posee mucho más que un arsenal fabuloso y naves llenas de comida en buen estado.
—¿Qué cosas tiene Fong Nge?
—Eso tal vez lo sepas a su debido tiempo.
—Aún no me has dicho por qué fuiste a mi refugio e hiciste salir de allí a mi gente.
—Porque los rahas iban a atacarlo. Seguramente ya lo han hecho. Pero se habrán encontrado con unas grutas vacías y un montón de desperdicios. Con Fong Nge tu gente estará holgada y tendrá de todo. Además, estará la partida de Godwin.
—¿Godwin? Imposible. Ese viejo testarudo aborrecía al chino.
—Pues entonces te llevarás una sorpresa. —La chica dio muestras de estar impacientándose—. Mira, Ross, no tengo todo el tiempo del mundo. Te he hecho una oferta. Si no quieres aceptarla me lo dices y yo seguiré mi camino. Eres muy libre de hacer lo que quieras.
—Dime al menos antes a qué viene esta especie de reunión de bandas.
—Tú lo has dicho: es una reunión de las bandas más importantes del sur de la isla. Pero debes tener paciencia por ahora.
—¿Es cierto que vienes de Europa?
—Del continente —rectificó ella—. Vosotros los ingleses seguís llamando Europa al resto del continente. Es algo que ni siquiera con la presencia de los rahas en el mundo habéis podido rectificar.

Ross asintió y ordenó a sus hombres que reanudasen la marcha. Jane hizo un gesto a los suyos indicando lo mismo.
—¿De qué parte de Francia vienes?
—De los Pirineos. Cruzamos el país durante dos semanas y luego atravesamos el canal. Comenzamos ochenta personas la aventura, pero sólo hemos conseguido llegar hasta aquí setenta y una. La mitad de la partida son españoles. Se unieron a nosotros porque los rahas desencadenaron una gran ofensiva contra las guerrillas españolas. ¿Sabes que destrozaron prácticamente todo el norte de la península? Fue algo horrible, Ross.
—Pero ¿por qué llegar hasta aquí? Para luchar contra los rahas no es necesario llegar a las islas. Están en todas partes.
Ella se encogió de hombros.
—Aunque hostigamos a los invasores, ellos no nos temen mucho. Deben saber que dentro de unos años habremos acabado. La falta de armas, víveres y demás terminarán diezmando las bandas.
Aunque Ross no respondió, con su silencio admitía el razonamiento de la chica.
—En esta guerra de desgaste llevamos las de perder, Ross —siguió diciendo Jane—. Ayer tú y los tuyos destrozasteis un blindado enemigo. ¿Y qué? Seguramente los rahas matarán a todos los conductores del convoy en represalia. Y eso no les dañará, porque en seguida reclutarán más esclavos. Seguirán con su ritmo de producción como si nada hubiera pasado.
—Y cuando no necesiten a los humanos: adiós, ¿no? —preguntó Ross chasqueando los dedos.
—Eso es lo que tememos. Por lo tanto, Ross, tenemos que concebir un plan de lucha eficaz, algo que al menos nos dé un margen de victoria, por mínimo que sea.
Ross movió la cabeza.
—Estamos haciendo lo que podemos, Jane. Sería absurdo pretender más. Y estoy de acuerdo contigo. Llegará el día que la gente tenga que abandonar las armas de fuego y fabricar arcos y flechas. Y entonces los rahas serán aún más fuertes.
—No ocurrirá eso sólo, Ross, sino que la gente dejará de

enseñar a sus hijos a leer y escribir y la cultura terrestre se perderá. Sólo serán precisas dos o tres generaciones para que la humanidad degenere hasta un abismo del cual nunca saldrá.
—Es posible que tengas razón.
—¡Claro que la tengo!
Ross la miró de soslayo.
—Pero al parecer tú tienes un plan, ¿no?
—En realidad es un proyecto que elaboraron dos hombres, un español y un francés. Durante muchos años se dedicaron a estudiar a los rahas.
Ross no pudo evitar una sonrisa de incredulidad.
—¿Quién puede estudiar a los rahas? Son ellos los que nos estudiaron muy bien a nosotros, engañando a los dirigentes del mundo cuando aparecieron hace dieciocho años.
—¿Qué edad tenías cuando se produjo la llegada, Ross?
—Diecinueve.
—Vaya. No pareces tener casi cuarenta.
—Exactamente, treinta y siete.
—Y ya eras piloto de helicópteros y con título civil para avionetas, ¿no?
—Estás muy enterada...
—Por fuerza. Cuando llegamos a Inglaterra contactamos con Godwin y él nos expuso claramente la situación de este país. Nos dijo que teníamos que buscarte, que tú serías imprescindible para el Plan.
—¿Y qué tiene que ver en todo esto ese egoísta de Fong Nge? —rezongó Ross.
—Fong Nge no es ningún egoísta. Estás equivocado con él.
—Tú eres quien no le conoces. Nadie sabe dónde está exactamente su guarida principal. Las veces que celebramos reuniones con él siempre nos citaba en otra sin importancia. ¡No quiere compartir lo que descubrió cuando abandonó Londres al frente de un puñado de hombres y mujeres que no cayeron en el engaño de dejarse poner un collar!
—Pues ahora te llevaré directamente a la gruta de Alí Babá —sonrió ella.
—¿Al lugar que celosamente guarda en secreto ese amarillo?

—Ross se encogió de hombros—. Lo creeré cuando lo vea.

CAPÍTULO III

La guarida de Fong Nge estaba cerca de Stafford, a unas veinte millas al sur.
Después de cruzar el primer puesto de vigilancia del oriental, Jane sonrió al mirar a Ross y le preguntó:
—¿Sorprendido?
Ross asintió.
—No sabía que por aquí hubiera una base secreta del ejército.
—Sólo el primer ministro y el rey conocían su emplazamiento, aparte de algunos miembros del último gobierno. Estaba prevista para un caso de emergencia.
—¿Acaso la llegada no lo fue:
—Tal vez debió serlo, pero los rahas engañaron a todo el planeta, no sólo a tus compatriotas. Ross. La familia real huyó de las islas. Pretendieron, junto con algunos ministros, alcanzar el Canadá. El avión se perdió. No sabían que en el continente americano ya dominaban también los rahas, como en el resto de todo el planeta.
—Recuerdo que el avión real era atómico.
—Entonces ya tienes la respuesta. Los rahas neutralizaron las armas atómicas y los reactores de las centrales nucleares. Todo lo que se movía por energía atómica se detuvo —suspiró Jane, añadiendo—: Y eso fue el comienzo del caos. Pero tú debiste haberlo vivido con mayor lucidez que yo. Entonces no tenía más de... Bueno, algunos años.
Ross rió de buena gana.
—¿No quieres decir la verdad? No puedes ser muy vieja...
—Gracias, pero en mi caso no se trata de presunción. Todo lo contrario. Para mandar un montón de hombres y mujeres la juventud es un inconveniente.

* * *

Las pocas veces que Ross se había entrevistado con Fong Nge había sido en otro lugar muy distante de aquél. El astuto chino había mantenido bien en secreto su apreciada guardia.
Porque Ross pensaba que la base destinada a alojamiento real y gubernativo tenía que ser algo grande.
Una patrulla de Fong Nge les salió al paso. Hablaron con Jane y se pusieron al frente para escoltarlos.
Atravesaron un bosque y llegaron hasta la ladera de una pelada montaña. Se detuvieron y un hombre del chino se agachó para abrir una entrada subterránea. Ross sintió un poco de desencanto.
Bajaron por unas escaleras estrechas y mal iluminadas por bombillas amarillas. Tuvieron que hacerlo en fila india.
Ross intentó alcanzar a Jane y decirle que aquello era más miserable que el primer escondite que él tuvo hacia quince años. Pero la chica estaba muy adelante de él, charlando en voz baja con un hombre alto y de tez morena.
Las escaleras acabaron y entraron en una sala rocosa. Allí había otra puerta, y más allá una sección estaba abierta. Ross pensó que cerrada debería confundirse con el entorno perfectamente.
Anduvieron por un pasillo largo, hasta que llegaron a una gran habitación de paredes lisas, pintadas de gris opaco.
Un hombre pequeño les salió al encuentro. Ross le vio saludar efectuosamente a Jane, besarla en las mejillas. Ella habló y el hombre miró a Ross.
—Hola, viejo amigo —dijo Fong Nge—. Me encanta verte aquí.
Ross estrechó la mano del oriental, sintiéndola cálida y un poco nerviosa.
—Hola, Fong Nge. ¿Es ésta tu...?
—¿Mi verdadera casa? ¡Claro que sí! Por cierto, siempre he tenido grandes deseos de invitarte a ella.
El comentario del chino le sonó a ironía. Fong Nge soltaba risitas entrecortadas. Tomó del brazo a Jane y dijo a Ross:
—Vamos, amigos míos. Mis hombres se encargarán de alojar a los tuyos. Por cierto, hace un par de horas llegó un hombre de Jane con un tipo llamado Lazar.

Ross sonrió. Se alegraba que Lazar estuviera allí. Empezó a creer en la sinceridad de las palabras de Fong Nge.
El oriental le indicó la puerta de un ascensor.
—¿Una broma? —preguntó Ross cuando el anfitrión lo abrió—. Ya veo luz eléctrica, pero ¿,tienen suficiente para mover los motores?
—En abundancia. Por favor, entrad. Oh, señor Shield. ¿Es que no empezó nuestro encuentro tuteándome?
—Lo siento. Fong Nge.
La puerta se cerró y la cabina empezó a bajar. Se volvió y descubrió la sonrisa de Jane.
Unos minutos más tarde. Ross estaba profundamente asombrado Y también admirado. Comprendió que la entrada que habían usado era una de poca importancia. Tenían que existir otras, indudablemente. Aquello no era una base corriente, sino una auténtica fortaleza.
—El rey y su familia no lo habrían pasado mal ante un ataque nuclear, ¿eh? —comentó con sarcasmo.
—Lamentablemente para ellos no tuvieron tiempo de gozar de estas comodidades —sonrió Fong Nge.
Estaban en lo que parecía ser su despacho, una pieza amplia con muebles lujosos y butacones de cuero negro. El aire acondicionado reconfortó a Ross, que acertó una copa de coñac y un cigarro habano que extrajo de su funda de aluminio.
—Fuiste afortunado al heredarlo todo. Fong Nge —dijo después de echar la primera bocanada.
—Un golpe de suerte, amigo mío. Algo que esta humilde persona no merecía.
—Eres un cerdo, Fong Nge.
Las palabras de Ross fueron seguidas por un silencio absoluto. Jane se revolvió en su asiento. El cigarrillo que se llevaba a los labios quedó a mitad del camino.
—¿Bromeas? —inquirió, pero presintiendo que Ross hablaba en serio.
—Ese maldito hijo de ramera de Hong Kong nunca ayudó a las poblaciones, nunca tendió una mano a los que huían de los rahas. Digo que es un cerdo y lo mantengo. ¿Por qué se

reservó todo esto para él?
—Deberías preguntar por qué lo comparto ahora —dijo Fong Nge sin inmutarse,
Ross se sintió cogido con la guardia baja.
—Está bien, dinos tus razones. Todo hombre tiene derecho a defenderse.
—Yo soy únicamente un humilde servidor de alguien a quien obedezco, Ross Shield.
—Nunca conocí a tu jefe. ¿Quién es?
—Lo conocerás pronto.
—Sigue sin justificarse vuestra actitud, sea quien fuere el amo de esta fortaleza.
—Existían razones contundentes, Ross —intervino Jane.
—¿Qué sabes tú? Prácticamente acabas de llegar de Francia, conduciendo un puñado de guerrilleros que no fueron capaces de mantenerse en sus propias tierras.
— Tú también te largaste a tu país, a Escocia —le señaló el oriental—. Te fueron allí mal las cosas y regresaste a Inglaterra.
—Sabes muy bien que en Escocia no queda nadie —estalló Ross, enfadado porque le habían recordado el peor período de su ya larga existencia como guerrillero.
—Ross, yo dije a mis hombres que en el continente no teníamos nada que hacer, pero que en Inglaterra teníamos una oportunidad de que nuestro esfuerzo resultara útil. Acudimos a la llamada.
—¿Quién os llamó? ¿Fong Nge?
—Fui yo, señor Shield.
Al sonido de la voz. Ross se levantó. Por la puerta que estaba detrás suya entró un hombre mayor, algo encorvado y que andaba apoyándose en un bastón con empuñadura de plata.
Ross le miró fijamente. Aquel rostro le era familiar. De pronto una luz se hizo en su mente. Había sido un tonto. Debió haber pensado que Fong Nge nunca hubiera podido alcanzar aquella ultrasecreta base por sí solo.
—Sir Walter Kensington, el primer ministro.
—Digamos ex primer ministro, muchacho —sonrió el viejo, desplomándose materialmente en un sillón vacío, cerca de la

mesa de nogal. Resopló y formó un rictus amargo con su boca —. Estoy muy agotado. El médico dice que deje de fumar y beber y haga ejercicios en la superficie. Está loco o aún no se ha dado cuenta de lo que pasa.
—Le creíamos muerto junto con la familia real, señor —dijo Ross.
—Perdí el avión. Pero no hablemos de eso. Lo pasé muy mal. Fueron tres años terribles. Gracias a Fong Nge me recuperé.
El oriental asintió en silencio, brillando sus ojillos de agradecimiento.
—Entonces yo era su mayordomo. Dejé el honorable cargo para convertirme en jefe de guerrilleros.
—Así es —dijo sir Walter—. Fong Nge estuvo a mi servicio desde que estuve en el Sudeste asiático. Era un fugitivo del Vietcong. Pasó veinte años a mi lado y siempre me ha sido fiel. Sinceramente, él fue quien me dio deseos de vivir. Me dijo que teníamos a nuestro alcance, tal vez, el único arsenal de armamentos que los rahas no habían descubierto por la simple razón que no existía ningún documento que hiciera referencia a él.
»Comprendí que Fong Nge tenía razón. Lentamente, él fue formando una partida de luchadores, seleccionándolos cuidadosamente. Por eso se ganó fama de introvertido y egoísta. Pero no podíamos acoger a todo el mundo perseguido por los rahas. Aunque parezca inhumano, teníamos que ser inflexibles, dejar entrar en la fortaleza sólo a los hombres y mujeres útiles. Durante años fuimos desarrollando nuestro plan.
—Todo esto es demasiado sorprendente para mí —dijo Ross moviendo la cabeza.
—Lo comprendo, muchacho. Y espero que tú nos comprendas. Era imprescindible toda suerte de precauciones. No podíamos correr el más mínimo riesgo. Pensamos, tal vez exageradamente, que en nuestras manos, en las instalaciones que disponíamos: estaba el futuro de este desdichado mundo. Una vez empecé a dudar. El enemigo era demasiado fuerte y no encontrábamos ningún plan factible.
—Entonces recibimos una llamada de onda corta, en clave

especial, desde Inglaterra —dijo Jane—. Fong Nge se mostró cauteloso al principio, pero nosotros nos desbordamos en entusiasmo. No dudamos en contarles nuestros descubrimientos acerca de los rahas. Entonces no dudaron en pedirnos que nos reuniéramos con ellos.
»Pero cruzar Francia era muy difícil. También nosotros dudamos. Podía ser una trampa de los rahas. Pero cuando éstos desarrollaron su feroz ofensiva al sur de los Pirineos, emprendimos la marcha cuando se nos unieron nuestros colegas españoles.
—¿Qué descubrimientos hicieron en Francia?
—Bueno, en realidad fueron dos españoles ocultos en el radiotelescopio de Almería. Estuvieron allí casi dos años, hasta que los rahas les hicieron huir. Los encontramos en los montes casi desfallecidos. Uno murió pronto, pero el otro sobrevivió y junto con René Pertier siguió trabajando.
»Justo Gómez, el español, ha traído hasta aquí valiosas informaciones, que expuso a Sir Walter. Entonces decidimos que debíamos incrementar nuestras fuerzas y Fong Nge opinó que las partidas de Godwin y la tuya, Ross, eran las más indicadas por el momento.
»Yo salí en tu busca y por el camino encontramos un moribundo de collar azul que nos contó que tu guarida había sido descubierta por los rahas y estabais en peligro. Cuando llegamos a ella no estabais la mayoría de los hombres y alertamos a los que quedaban.
—Ahora todos están perfectamente alojados —dijo Fong Nge —. Puedes visitarlos cuando quieras.
Ross se rascó la barbilla. Pensativamente, dijo:
—Estoy luchando contra los rahas desde antes de cumplir los veinte años. He visto morir a mi padre estrangulado a causa de su collar porque se rebeló contra los rahas —aspiró el aire y añadió como si hablar de aquello le ahogase—: Yo también tuve una vez un collar, pero disponía de un ácido que pudo corroer ese maldito metal. El poco que había me lo entregó mi padre mientras huíamos. Se sacrificó por mí.
Se desabrochó el chaquetón de cuero y se bajó el cuello de la

camisa. Mostró a todos las profundas señales dejadas en la piel por el ácido. Era como la señal de un ahorcado. Turbado. Ross se apresuró a cerrarse la camisa. Dijo:
—Desde entonces me he dedicado a hostigar a los rahas. Era consciente que no podía ganar con mi actitud la guerra, pero al menos me servía para sentirme un hombre libre, distinto a la mayoría esclavizada. Mi odio a los rahas no me ha impedido ser consciente de que estamos perdidos, vencidos.
—Siempre hay esperanzas, Ross.
—Ustedes pueden tenerla. Pero en cambio yo no quiero entusiasmarme, ilusionarme con algo que al ser una mentira terminaría por destrozarme.
Sir Walter asintió:
—Nadie puede darte seguridades, muchacho: únicamente puedo decirte que comenzaremos a combatir con más fundamentos. Al menos tenemos un destino definido, no dar un golpe de mano aquí hoy, huir e intentar otro al día siguiente.
—Tenemos que aunar nuestros esfuerzos —dijo Jane.
—¿Y luego?
Fong Nge miró a Sir Walter y éste movió la cabeza afirmativamente. El oriental se levantó y dijo a Ross:
—Por favor, sígueme. De camino que te enseño toda la fortaleza, te explicaré parte de nuestros planes.

* * *

—¿Qué sabes de los rahas? —le preguntó Fong Nge cuando habían recorrido buena parte de las instalaciones.
Ross había tenido ocasión de saludar a las familias que habían estado a su cuidado. Abrazó a Lazar y gastó bromas con los pequeños hijos de los Cooper. Luego siguió al chino, más animado.
Ante la pregunta de Fong Nge, Ross tuvo que titubear.
—¡Qué puede uno saber! Sólo que unos son grandes y los llamamos cíclopes y los otros pequeños, enanos.
—¿Dos razas alienígenas?
—¡No es así, acaso?

—Es disculpable tu ignorancia, Ven, entra.
Era un laboratorio que se divisaba a través de una cristalera. En la antesala, sobre unos cómodos butacones, dos hombres tomaban café. Uno era de mediana edad, moreno y pelo ensortijado. El otro, delgado y canoso, de aguileño rostro.
—Te presento a Justo Gómez y a René Pertier. Ross estrechó las manos y dijo al español:
—Tengo un compatriota suyo entre mis hombres, Gómez. Es mi mano derecha.
Aunque Gómez pretendió mantenerse impasible, no pudo totalmente dominar su orgullo.
—Debemos olvidarnos de las nacionalidades. Ahora deberíamos llamarnos terrestres, en lucha contra los invasores.
—¿Me equivoco al pensar que usted estudió a los rahas?
—Sí. Es René quien sabe más que nadie de esos seres.
Se sentaron e invitaron a café a Ross, quien se relamió de gusto ante el aroma de la infusión. Hacía más de cinco años que acabaron con las reservas de café y desde entonces no encontraron más.
—Todos sabemos cómo los rahas consiguieron engañarnos a todos, principalmente a los más importantes gobiernos de la Tierra. Su aparición fue precedida por una oleada de OVNIS. Aunque sólo la décima parte eran avistamientos provocados por los rahas, la humanidad estaba muy sensibilizada y no receló cuando recibieron los primeros mensajes extraterrestres.
Ross asintió ante las palabras de René. Sorbía despacio el café, cargado y sin azúcar, como a él le gustaba.
—La gente se acostumbró a verlos a menudo en el cielo y los viejos temores acerca de civilizaciones alienígenas se esfumaron. Súbitamente las centrales nucleares dejaron de funcionar, las bombas atómicas se descargaron y el uranio perdió su radiactividad. ¿Qué pasó? Los rahas tenían instrumentos para dejarnos sin potencia nuclear. Mientras demostraban sus falsas buenas intenciones, montaron sus satélites artificiales, que entonces pudieron ser fácilmente destruidos por los misiles de largo alcance de EE.UU o la URSS.

»Cuando se quiso reaccionar ya era tarde. La Tierra estaba indefensa y llegó el ultimátum de los rahas.
—Fue el más absurdo engaño —mascullό Ross.
—Pero lleno de poder persuasivo. Ellos prometieron que la Tierra entraría en una nueva era de prosperidad. ¡Eran los antiguos dioses que regresaban para redimirnos. Ross! Nos dijeron que tendríamos energía de sobra, barata y no contaminadora. La Tierra atravesaba una crisis muy grave que podía desencadenar en la guerra definitiva. Se creyó en los rahas o se quiso creer en ellos. No lo sé. Pero los gobiernos claudicaron, ofrecieron su colaboración a los presuntos salvadores.
»La llegada de los rahas se realizó y entonces arrojaron sus máscara. Ya los conocíamos por las emisiones que enviaban, todas ellas falsas. En esos mensajes sólo aparecían los pequeños, de aspecto amable. Parecían animales simpáticos con increíble inteligencia. Surgieron los rahas gigantes, de más de tres metros. Mostraron su ferocidad y comenzaron su ataque, que coincidió con la anulación de toda fuerza nuclear en la Tierra.
—Conozco el resto, muy bien por cierto.
—Sólo era una especie de introducción, Ross —dijo René—. Con esto he querido llegar al punto en que desgraciadamente los acontecimientos nos impidieron conocer científicamente a los rahas. En cambio ellos nos habían estudiado bien mientras daban vueltas alrededor de la Tierra. Luego, cuando destruyeron los desconcertados ejércitos, asesinaban a presidentes para saber cómo somos por dentro. A otros muchos millones les pusieron collares y les dijeron que debían trabajar para ellos.
Los que se resistieron y ya tenían colocados los collares, morían entre atroces sufrimientos. Unos collares ardían, otros producían un frío glacial y los últimos que han puesto en circulación los de metal rojo, se achican hasta reducir el cuello que aprisionan al tamaño de un dedal. No sabemos cuál de esos malditos collares es el peor. Los rahas pueden activar un collar para matar a su víctima con un mando a distancia o con

el poder de sus mentes, de eso no estamos seguros. Me han dicho. Ross que tú tuviste una vez un collar y que conseguiste librarte de él con ácido, ¿no es así.
—Sí.
—¿Conservas parte de ese collar?
—Supongo que alguien habrá tenido la buena ocurrencia de tomar mis pertenencias de mi guardia cuando huyeron ¿Para qué lo necesitas?
—Me gustaría estudiarlo.
—Sólo queda menos de la mitad. El resto se destruyó con ácido. Pero si está aquí te lo daré.
—Nos será muy útil —dijo Justo Gómez.
—Sigamos con los rahas. Al principio muchos pensaron que se trataba de dos razas aliadas para la conquista de la Tierra.
—Era lógico llegar a esa deducción —replicó Ross.
—Sí, desde luego. Pero en los Pirineos capturamos media docena de rahas, cinco enanos y un cíclope. Estaban vivos porque usamos un gas que les afectaba. Me los entregaron y yo los estudié durante meses, hasta que ni siquiera los frigoríficos que habilitamos consiguieron impedir que se pudrieran sus cuerpos. Ross, los rahas son una sola raza, no dos como pensamos.
—¿No es muy extraño? Son tan diferentes...
—Libra tu mente de prejuicios si pretendes estudiar algo distinto, algo procedente de algún lugar de la galaxia que todavía no sabemos. En la Tierra tenemos algunos animales que la hembra parece distinta al macho o viceversa.
—¿Es que uno de los rahas es la hembra y el otro el macho? —Ross entornó los ojos—. Puede ser. Los enanos abundan más que los cíclopes y éstos son los que parecen llevar la voz cantante.
Jane entró en la estancia y sonrió ante el comentario de Ross.
—Ya surgió el machismo —dijo sentándose sobre el brazo le un sillón, cerca de él—. Es precisamente lo contrario. Las hembras son los seres que miden más de tres metros. Y aunque te sientas herido en tu condición, ellas son las que gobiernan en la sociedad raha.

CAPÍTULO IV

Jane enroscó en el cañón del corto fusil la cápsula y se lo entregó a Almanzar.
—Es tuyo, ya que eres el mejor tirador.
—¿A qué distancia tengo que disparar para que el gas sea efectivo?
—El mínimo de seguridad son veinte metros —dijo Jane—. Y no lo desperdicies porque es la única cápsula que nos queda. No conocemos otro gas que adormezca a los rahas en unos segundos, impidiéndoles pedir ayuda.
Ross se abrochó la pelliza de cuero. Tenía frío y echó de menos un trago de whisky. El pequeño grupo se conformó con el té caliente del termo.
Almanzar envolvió el rifle con una manta, preguntándose si el bulto que formaba no levantaría sospechas.
Salieron del callejón lleno de basuras, alegrándose de alejarse del fétido olor existente allí.
—Dios, en dos generaciones más nos convertiremos en bestias rodeadas de mierda por todas partes —masculló Ross mientras evitaba un charco de aguas negras que surgía de una cañería reventada.
—Eres optimista —replicó Jane—. Veinte años más y la humanidad no tendrá fuerzas de salir de este atolladero.
—Tu pesimismo es desolador —gruñó Ross, pasándose la mano por el falso collar que rodeaba su cuello.
—¿Tú crees? Es la verdad. ¿Quién va a la escuela? Han nacido millones de niños que no han aprendido a leer y escribir. Cuando fallezcan los que obtuvieron algo de cultura antes de la llegada, será una leyenda el hecho que el hombre fuera el amo de este planeta. Todos creerán que los rahas siempre fueron los seres superiores.
—Es posible, Jane, ¿qué respuesta te has dado cuando te preguntas para qué están aquí los rahas?
Ella rió secamente. Entraron en unas calles más anchas.

Algunas personas caminaban aprisa, pegadas a las paredes o sorteando los mohosos vehículos detenidos desde dieciocho años antes. Vieron a dos o tres que no llevaban collares y miraban temerosas a todas partes, desapareciendo pronto por las callejuelas cercanas.

—Los marcianos de Wells buscaban nuestra sangre —dijo Jane — y huían de un mundo moribundo. No sabemos si los rahas proceden de un planeta que se muere, pero si podemos afirmar que no son carnívoros.

—Pero usan a los humanos como esclavos.

Se habían detenido en Harleyford, cerca del campo de cricket. Más allá estaba el Támesis. Ross no lo había visto desde hacía cerca de veinte años. Entonces estaba limpio. ¿Cómo lo volvería a ver?

A la derecha de Kennington Oval se alzaba una de las extrañas torres metálicas que los rahas levantaban en todas partes. Aún era demasiado temprano y escasa la luz. Apenas amaneciera, brigadas de hombres con sus collares, azules o rojos, reanudarían el trabajo allí.

Ross había visto ya demasiadas torres similares desparramadas por el país. Conocía su remate, una estructura metálica irregular. La de Kennington Oval no estaba aún terminada. Hasta ellos les llegó el olor de un cocido repugnante, tal vez el desayuno de los desgraciados obreros que pronto comenzarían a trabajar bajo la supervisión de los enanos rahas.

Minutos más tarde estaban delante del puente Vauxhall.

Al otro lado, Millbank Road parecía un campamento gitano.

Miraron temerosos el puente, pensando todos si sería prudente cruzarlo, mezclarse con aquella multitud que se agitaba alrededor de cientos de chozas y tiendas de campaña de procedencia militar.

—No podemos retroceder. Sigamos.

Había dicho Jane y resueltamente entró en el puente. Unos desvencijados camiones lo cruzaban, cargados de vigas de hierro. Encima de ellos flotaba un pequeño vehículo con un cíclope raha.

Los tres se estremecieron y siguieron caminando. Respirando

aliviados cuando los camiones se alejaron y el vehículo aéreo hizo lo mismo.
—Parece que se trata de un campamento de trabajadores —dijo Ross—; tal vez los que están destinados a levantar la torre. Creo que podremos cruzarlo sin peligro.
Lo hicieron, se alejaron sin el menor incidente de aquel terrible lugar, desalentados y furiosos. Habían visto la miseria en que vivían aquellos hombres y mujeres, la suciedad que los rodeaba. Todos, incluso los niños con más de doce o trece años, llevaban collares. La mayoría, rojos, los más fatídicos.
Ross sintió seca la garganta. Era un muchacho cuando había vivido en aquel barrio una temporada con su tía Bess, recordó que era un lugar apacible y tranquilo, agradable. Ahora todo estaba sucio, las casas con las puertas abiertas y salía de ellas un feo olor. Olía a comida rancia, mal condimentada, sudor y leña quemada.
Aunque no era prudente, siguieron por Yauxhall Bridge Road. Al menos por las amplias avenidas de Londres los coches ruinosos y las basuras no cegaban el paso.
Sabían que aún vivían en la ciudad muchos miles de personas que los rahas no habían apresado con sus gases y esclavizado con sus collares. Eran gentes astutas, que se las ingeniaban para supervivir en medio de tanto horror, buscando alimentos de mil formas distintas, cambiando constantemente de madriguera y siempre ocultándose de los invasores.
Los rahas no parecían estar muy preocupados con aquella clase de habitantes de Londres. No podían causarles problemas graves. Allí tenían mano de obra en exceso y sólo cuando algún grupo se armaba y atacaba un centro de residencial raha, se revolvían furiosos, arrasaban un barrio, gaseaban los alrededores y colocaban collares a los que apresaban sin él.
—Demonios, ¿dónde está el contacto? —gruñó Almanzar detrás de ellos.
—¿Ya te has olvidado? Nos espera en St. James Park.
—Magnífico. Así veré el palacio real —rió Almanzar entre dientes—. Supongo que llegaremos a tiempo para presenciar el

cambio de la guardia. Debemos darnos prisa y coger un buen sitio en el Monumento a la Reina Victoria.
—¿Te olvidaste que el palacio de Buckingham voló hace años, cuando la banda de Miles se hizo fuerte allí después de volar una torre? Los rahas se pusieron furiosos entonces, como nunca —dijo Ross entornando los ojos—. Ni siquiera convirtieron en esclavos a los pocos hombres de Miles que salieron de las ruinas.
Victoria Street conservaba algo de su viejo esplendor. Al fondo de ella divisaron el edificio del Parlamento. Ross respiró aliviado al verlo intacto, pero se impresionó ante el silencioso Big Ben.
Subieron por Palmer Street y rodearon las ruinas del cuartel Wellington. Se detuvieron frente al parque. Parecía una pequeña selva. Los suaves prados habían desaparecido para dejar paso a arbustos y malezas, casi ocultando el lago central.
Ross indicó una vieja caseta de madera. Se dirigieron a ella y llamaron a la puerta después de mirar hacia todos lados. Volvió a golpear, repitiendo los golpes convenidos.
Con un chirrido, la puerta se abrió. De la oscuridad surgió una voz que les dijo:
—Supongo que sois quienes espero. De todas formas os prevengo que os apunto con una escopeta cargada con postas.
Entraron y la puerta se cerró. En seguida se encendió una lámpara de aceite.
Era un cuarto pequeño. Al fondo se veía otra puerta cerrada. Quien les abrió era un hombre de mediana estatura, estrecha cara y barba puntiaguda. Vestía una vieja chaqueta del ejército y empuñaba una escopeta con el cañón recortado.
—Hola, amigos. Soy Miles. Sentaos —dijo señalando unas sillas de madera alrededor de una mesa de tablero redondo.
—Miles —repitió Almanzar arrugando el ceño—. ¿Acaso es usted...?
El viejo asintió, se mesó su barba canosa y tosió entre risas.
—Sí, muchacho. Yo escapé de las ruinas del palacio y corrí por el parque. Me refugié en esta casucha y descubrí que valía más que el edificio donde vivieron los reyes.

Sacó de debajo de la mesa una botella. Le limpió la etiqueta y mostró la marca. sonriente a los recién llegados. Almanzar lanzó una exclamación:
—Coñac. Auténtico coñac francés —jadeó Martell. Soltando risas divertidas, el viejo Miles colocó cuatro vasos no muy limpios sobre la mesa y los llenó.
—¿Qué encontraste aquí, Miles? —preguntó Ross después de sentir en su garganta el cálido líquido.
—Un pasadizo. Conduce directamente al Metro. Así logre escapar de esos malditos rahas que nos perseguían como s fuéramos perros.
—¿Para qué demonios sirve el Metro? Los rahas los cegaron todos.
—Esos pensaron ellos. Pero no tenían un vulgar plano de las líneas. Destruyeron las entradas y levantaron las líneas al aire libre. Pero quedan las más profundas —miró con cierto desprecio a los tres. Vosotros, los que os movéis por la afueras, pensáis que nosotros, los que hostigamos a los rahas desde la ciudad estamos dormidos. Pero os equivocáis. Usamos esta salida y otras muchas más para proporcionar dolores de cabeza a los rahas. Y luego... —soltó una risotada se guardó la botella y levantándose, dijo con tono apremiante:
—Vamos, será mejor que lo veáis con vuestros propios ojos.
Alzó una trampilla y entró por ella. La escalera era empinada, con peldaños resbaladizos. La rectitud de ésta terminó y comenzó a convertirse en una mareante de caracol.
Ross abrió la boca al descubrir unas tenues bombillas colgadas del techo. Pero Miles estaba muy avanzada para preguntarle cómo obtenían energía eléctrica.
Salieron a una estación de Metro. En el andén había un tren con sólo dos vagones. Un hombre salió de la máquina y esperó allí. Miles le gritó:
—Eh, Tom. Ya están aquí los amigos: podemos irnos. Se volvió a los tres asombrados guerrilleros y sin abandonar la sonrisa les invitó a entrar en un vagón que permanecía con las puertas abiertas.
—Por favor, entrad aquí. En esta unidad se puede fumar.

El otro vagón está destinado a los no fumadores, como es preceptivo en nuestro amado Underground londinense.
Apenas se sentaron, las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha.
—Miles, ¿cómo es posible?
— Ya os dije que los rahas sólo se limitaron a cerrar las entradas, pero se olvidaron de destruir las instalaciones. Con un poco de ingenio conseguimos poner en marcha muchos kilómetros.
—Pero ¿y la energía eléctrica?
—Bueno, hace varios años que no pagamos la factura —rió Miles—. Me temo que ya ascenderá a un montón de libras. Pero cualquier día de éstos iremos a pagar nuestra deuda a los rahas.
—¿Quieres decir que la obtenéis de los rahas?
—Claro, muchacho. Ellos usan electricidad en sus residencias. En Londres existe una base importante de rahas en Regent's Park. Allí tenemos establecida la conexión. Pero ahora hablemos de algo más importante hasta que lleguemos a nuestro destino.

CAPÍTULO V

—Básicamente dominamos en casi toda su extensión las líneas Circle, Distric y Metropolitan, es decir, las centrales de la ciudad. En Moorgate enlazamos con la Northern hasta Collier's Wood. Más allá está todo cegado.
—¿Por qué nos citaste en el parque?
—Es la entrada más segura y también quería saber con qué clase de tipos voy a unirme. —La perenne sonrisa de Miles se transformó en un rictus seco, distante—. Pero veo que sois valientes y que será positivo para todos unirnos. He oído hablar de Fong Nge mucho, pero no siempre bien. Pero si el primer ministro está con él y es quien manda, mis hombres y yo os ayudaremos.
Estaban en la estación Barbican. Miles había dicho que era el

mejor lugar, el más decente. Allí vivían más de tres mil personas. Casi quinientos hombres estaban bien armados y le obedecían ciegamente.
—El mayor problema es alimentar a toda esta gente—mascullό Miles—. Ya no se encuentran depósitos militares o cosa así. Tenemos que traer comida de fuera, de los campos. Los rahas saben que si desean seguir valiéndose de sus valiosos esclavos, deben proteger la agricultura e incluso impulsar la importación de alimentos de otros países. Por el momento no lo están haciendo mal. Nadie muere de hambre pero no todo el mundo tiene el estómago lleno. Más de la mitad de mis hombres son viejos soldados, gente curtida
—Pareces alegrarte de haber contactado con nosotros, Miles —se atrevió a comentar Ross.
—Claro que sí. Ahora tenemos un destino concreto, algo por lo que luchar. Vosotros desde la Fortaleza y nosotros aquí podemos hacer grandes cosas —arrugó el ceño y echó un vistazo al otro lado del cristal. Desde donde estaban dominaban la estación. Había llegado un tren y estaban descargando sacos de patatas y vegetales—. Necesitáis rahas vivos, ¿eh? De acuerdo. Os ayudaremos a capturar algunos e incluso a llevarlos a la Fortaleza. ¿Pero será suficiente conocer biológicamente a los invasores para vencerlos?
—Al menos nos ayudará. —Ross consultó con Jane con la mirada. La chica asintió y él prosiguió—: Existe otra cuestión importante, Miles. René Partier se encarga de la investigación sobre los rahas, pero Justo Gómez hizo en Almería un importante descubrimiento con el radiotelescopio que allí había.
—¿Había?
—Los rahas lo destruyeron todo. Gómez descubrió una base orbital a unos cien mil kilómetros de la Tierra.
—¿Qué importa eso? Seguramente los rahas tendrán más de una...
Jane negó con la cabeza.
—No es eso, Miles. Esa estación apareció cinco años después que llegaran los rahas. Durante las últimas semanas que Gómez pudo realizar observaciones, presenció una batalla

sideral alrededor de esa base. Naves rahas la atacaron. Pero la estación se defendió tranquilamente y los atacantes rahas regresaron a la Tierra. Y ahí sigue desde entonces.
La cara de Miles se había contraído en una profunda mueca de estupor.
—¿Qué estáis diciendo? ¿Insinuáis que los rahas tienen enemigos en el espacio, a medio camino de la Luna?
—No podemos estar seguros de nada. Lo cierto es que Justo Gómez contempló esa batalla. Disponía de medios suficientes para asegurarse de lo que veía.
Miles asintió.
—Bien, es posible. ¿Qué utilidad puede tener para nosotros eso?
—René necesitará algún tiempo para terminar sus investigaciones con los rahas que les llevemos —dijo Jane—. Mientras tanto nosotros debemos llegar a esa estación orbital.
—¿Para qué?
—Tenemos que asegurarnos que son enemigos de los rahas. En tal caso, pueden ser nuestros amigos. Necesitamos aliados poderosos. Solos es difícil que logremos algún día vencer a los invasores, por no decir imposible.
Miles movió la cabeza, mascullando.
—Estáis locos. ¿Cómo vamos a llegar hasta allí?
—En una nave espacial raha.
—¡Un momento! —exclamó Miles——. Una cosa es capturar a unos rahas, que ya será difícil, pero posible. Pero capturar una nave raha es una quimera.
—Eso se hará después que enviemos a la Fortaleza a los invasores que René espera —dijo Ross.
—Es una orden de Sir Kensington, Miles —dijo Jane.

* * *

Ross levantó la cabeza sobre el macizo y observó el muro de metal. La casa de los rahas apenas se veía al otro lado. Por la puerta principal entraban y salían esclavos terrestres cargados de fardos.

—¿Dónde habrán metido a los animales del zoo? —preguntó Almanzar acariciando el rifle.
—Se los habrán comido los invasores —rió sordamente Miles.
Jane se arrastró por el suelo hasta reunirse con ellos. Miró a Miles.
—¿Estás seguro que a esta hora sale una patrulla de rahas?
—Sí. Suelen sobrevolar el perímetro del antiguo zoo cada dos horas. Han prohibido a los humanos que se acerquen aquí. Si descubren a alguno activan el collar.
—¿Y si no son esclavos y carecen del collar? —preguntó Ross.
—Disparan sus rayos —Miles parecía preocupado—. Esto no me gusta nada. ¿Qué podemos nosotros hacer con nuestras armas terrestres contra sus varillas de rayos?
Por toda respuesta, Jane sacó media docena de varillas plateadas y las mostró a Miles, quien las observó imperturbable.
—También nosotros tenemos algunas. Un humano no puede hacerlas funcionar. No sirven de nada, por lo tanto, para nosotros.
Ross se colocó un guante. Era algo extraño, pues disponía de un sexto dedo, muy rígido. Tomó una varilla e hizo en el dedo artificial que hiciera presión sobre el extremo más alejado de la varilla, según la empuñaba por el otro.
—En la Fortaleza hemos descubierto la forma de servirnos de las varillas de los rahas. Miles. Pero es preciso el uso de un guante como éste. Los rahas tienen siete dedos en sus miembros y durante años hemos creído que por medio de la mente u otra extraña fuerza, sólo ellos eran capaces de disparar con las varillas. No es así. Es preciso presionarla en cuatro puntos distintos a la vez, lo que nos resultaba imposible porque carecíamos de un dedo más.
—¿Cómo es que hasta este momento no me lo habéis dicho?
—No hemos traído muchas, pero sí te podemos regalar un guante. Confiemos que te esté bien —dijo Jane entregándole un guante para la mano derecha—. Y que además no seas zurdo.
Miles se lo ajustó y se colocó la varilla. Jane le explicó:

—Estas varillas tienen un fuego de alrededor de cuatro minutos. Luego no sirven para nada. Ni siquiera pueden cargarse. Por eso los rahas van siempre con muchas de ellas encima.
—Les haré probar su misma medicina.
—Cuando les ataquemos con sus armas se sorprenderán —dijo Ross—. Pero no podemos matarlos a todos. Entonces Almanzar disparará la carga de gas, transportaremos a los rahas hasta la próxima estación y los llevaremos en un tren hasta Collier's Wood, en donde nos esperan dos camiones que los pondrán en manos de René en la Fortaleza.
—De eso se encargarán mis hombres —asintió Miles—· ¿Qué haremos nosotros entonces?
—Distraer a los rahas, impedir que descubran la entrada al Metro. Luego será nuestro problema despistarlos y regresar a la estación Barbican.
Miles se pasó la mano por la cara.
—Y luego el segundo trabajito. Si salimos con vida de éste, claro.
Almanzar silbó quedamente, exigiendo silencio. Sobrevolando la muralla, una nave ahusada avanzaba lentamente. Flotaba más bien, en lugar de volar. Detrás de ellos, los hombres se movieron para montar el proyectil tierra-aire. Miles se volvió y le susurró:
—Ya sabéis que sólo quiero que la obliguéis a bajar. Esas pequeñas naves son inestables y la onda expansiva las hace bajar. No sé qué puñetas las hace volar, pero es así como ocurre.
La nave plateada se alejó de la base raha en dirección sur.
Miles bajó la mano y el proyectil salió disparado de la improvisada rampa. Todos contuvieron la respiración. En la base podían haber escuchado el estampido pese a los enormes ruidos que procedían de su interior. Los rahas seguían trabajando allí en una de las misteriosas torres con las que parecían amenazar cubrir toda la superficie de la isla.
El proyectil ascendió dejando detrás una estela de humo.
Explotó a unos cien metros de la navecilla raha. Ross temió que había estallado demasiado cerca y mandaría al infierno a todos

los rahas. Pero la pequeña nave osciló como impulsada por violentos vientos y empezó a descender.
Cayó a trescientos metros de donde estaban y todos, excepto los hombres que se habían ocupado del misil corrieron hacia allí.
Rodearon la nave y permanecieron expectantes los siguientes segundos, hasta que la compuerta se abrió. Entonces se ocultaron. Los rahas no debían descubrirlos todavía.
Salieron tres machos y cuatro hembras. Los gigantescos extraterrestres soltaron gruñidos y agitaron sus varillas. Los seres grises saltaron y corrieron unos metros, como si buscaran enemigos contra los que disparar.
Ross miró de reojo a Almanzar. El español se había llevado al hombro su carabina y apuntaba. Sonó un seco estampido y una estela de humo voló hacia el grupo de rahas. Explotó un globo de humo que los envolvió.
Tres segundos más tarde, el suelo estaba lleno de cuerpos tendidos.
—Ha sido demasiado fácil —gruñó Almanzar echándose al hombro la carabina y tomando su metralleta.
Los hombres de Miles corrieron a los inanimados cuerpos.
Un humano podía cargar con un raha pequeño, pero se necesitaban cuatro para transportar a un cíclope.
Miles les dijo:
—Jane, Ross y Toni, debéis largaras cuanto antes. Los rahas, como bien sabéis, detectarán en seguida que una de sus patrullas ha sido atacada y esto se convertirá en algo muy desagradable.
—Eso lo sabemos —dijo Ross—. Nos quedaremos aquí para proteger la retirada de los que llevan al Metro los rahas.
Miles le miró duramente. Agitando su arma, dijo:
—Aquí, en el viejo Londres, mando yo. Vosotros ya tenéis lo que habéis venido a buscar. Vamos, largaos con la carga a la Fortaleza y dad recuerdos míos al viejo primer ministro. ¿Sabéis que ahora lamento no haber votado por su partido hace veinte años?
Soltó una carcajada y les volvió la espalda.

Los tres amigos se miraron entre sí. Jane se encogió de hombros.
—Es un tozudo —dijo—. Si nos quedamos aquí complicaremos las cosas.
Ross echó un último vistazo a Miles. El guerrillero distribuyó al resto de sus hombres. Formarían una barrera adecuada cuando del otro lado de la barrera llegaran más rahas a bordo de sus navecillas.
Entraban en el refugio, siguiendo los talones de los que transportaban a los inconscientes rahas, cuando surgieron las naves enemigas.
Lo último que vieron fueron los diparos de los misiles tierra-aire de Miles. También, el resplandor de las varillas que dejaron.

* * *

Cuando Ross entregó la carga a René, dos días más tarde, dijo con voz estrangulada:
—Procura que realmente sirvan esos cochinos monstruos para tus investigaciones. Para traerlos aquí han muerto varios hombres.
René frunció el ceño y miró a Jane por encima de los hombros de Ross. La chica añadió:
—Sabemos que Miles murió junto con sus hombres para protegernos la huida.
—Lo siento... —tartamudeó René—. No lo sabía. ¿Era preciso?
—Al menos Miles así lo consideró.
Ross salió de los laboratorios. Miró con odio los cuerpos de los rahas capturados, ahora tendidos en sendas camas y atados fuertemente. A su alrededor se movían los ayudantes de René, preparándolo todo para comenzar el trabajo.
—Me alegro que los hagan pedazos —musitó Ross mientras caminaba al lado de Jane por los pasillos.
—Debes tomarte un buen baño y descansar, Ross —le sonrió ella.
—Lo haré. Te veré luego.
Jane le tomó delicadamente una mano y él se detuvo,

mirándola con extrañeza.
—Me dieron un cuarto con baño incluido, lo suficientemente grande para los dos. ¿Necesitas que alguien te seque la espalda?
Ross no respondió. Siguió mirándola.
—Claro que si alguien te espera... —ella parecía haberse perturbado de pronto—. Soy una tonta. Aún no me has dicho si tienes una compañera que te espera.
—Tuve una, hace algún tiempo y murió durante una huida.
—¿Entonces?
—Acepto tu oferta —sonrió Ross—. Pero yo te restregaré tu espalda.
—De acuerdo —rió ella. Ross la tomó por la cintura.
—¿Seguro que no tienes ningún compromiso? ¿Creo recordar que llegaste a la isla con setenta hombres?
—La mitad eran mujeres. Pero si te refieres a alguien en particular tengo que informarte que nunca he deseado uniones duraderas.
—¿Es una advertencia?
—Sólo una información.
El forzó una mueca de indiferencia.
—Lo celebro. Soy de la misma opinión.

CAPÍTULO VI

El anciano levantó la vista de los papeles que tenía extendidos sobre la mesa, esbozó una sonrisa y dijo:
—Pasad, Jane y Ross. Sentaos delante, por favor.
A la derecha de Sir Walter Kensington estaban Fong Nge y Godwin. Ambos fumaban en silencio, mostrando expresiones contrarias. El oriental estaba muy serio, mientras que Goldwin indicaba cierta euforia.
Ross aceptó un cigarro que le ofreció Sir Walter y esperó que éste hablase. Un hombre les había avisado que el ex ministro deseaba verles, pero no se había imaginado que se tratase de una reunión.

—René Pertier me ha pasado hace unas horas un informe —dijo sir Walter—. Hubiera deseado que él mismo os hubiera dicho todo cuanto ha descubierto, pero quería regresar cuanto antes a su laboratorio. Confío que me encenderéis.
—Seguro, señor —dijo Ross—. Sus palabras no serán tan científicas como las de René y serán más asimilables.
—De eso puedes estar seguro muchacho —sonrió el anciano—. Bien, René ha destripado concienzudamente a los rahas y ahora no se ha quedado a mitad del camino como le sucedió en el sur de Francia. Aquí dispone de mejores ayudantes y un equipo muy eficaz.
»Tal como adelantó, el raha pequeño es el macho y la hembra los llamados cíclopes. Son mamíferos en cierto modo, pero sus ciclos de gestación muy complicados. Las hembras deben vivir ocho o diez veces más que los varones. ¡Y éstos viven casi cien años! Así pues, tenemos hembras milenarias. Eso tal vez explique que la raza raha es un matriarcado, pero además ellas son las más inteligentes. En cada parto dan a luz entre cinco y veinte crías, según las condiciones climatológicas. Tengamos presente que éste no es su mundo y llegaremos a la conclusión de que desde que llegaron a la Tierra no se ha producido ningún nacimiento. ¿A qué conclusiones llegáis, amigos?
Godwin se encogió de hombros.
—Vamos, señor. Déjese de acertijos y díganos lo que sea.
—Como queráis. Disculpad. A veces me olvido que ya no soy un político y no estoy hablando en el Parlamento. René está seguro de que algo sucede en este planeta que impide a los rahas a procrear. Piensa que tal vez el xenón o el helium de nuestra atmósfera esteriliza a los machos o impide que las hembras sean fecundadas.
—¿Entonces los rahas son una raza condenada a la extinción? —preguntó Ross. Meneó la cabeza—. De todas formas eso no es una esperanza. Pueden morir todos los machos dentro de cincuenta o cien años, pero las hembras aún vivirán algunos siglos. Y después de ese tiempo no quedará nada de la civilización humana en pie.
—Digamos que los rahas están pasando un mal momento —

sonrió Kensington—. Ellos llegaron a la Tierra con un plan determinado. No olvidemos que son inteligentes. Y deben saber, incluso antes de llegar, que se iban a encontrar en esta atmósfera con un elemento que les impedirá aumentar su número. Paradójicamente, las rahas pueden alcanzar su madurez en menos de dos de nuestros años. Saben que aquí les sobra uno o dos elementos que componen nuestra atmósfera. Lo lógico es que quieran eliminarlo.
—¿Eliminarlo? Eso sería imposible —dijo Jane.
—Recordad las torres que están instalando en Gran Bretaña. Y también ocurre algo parecido en Francia, ¿no? —Sir Walter interrogó a Jane con la mirada, que en seguida asintió—. El heliun y el xenón, junto con ozono, neón, criptón, hidrógeno y otros componentes, sólo forman el 0'02 por ciento de nuestra atmósfera. Una raza adelantada debe contar con medios para suprimir lo que les estorba. Seguramente ése es el objetivo de las torres que tanto nos intrigan. Es posible que ya estén funcionando y dentro de unos días o años hayan eliminado lo que les impide ahora multiplicarse.
—¿Quiere decir, señor, que debemos dedicamos a derribar esas condenadas torres a medida que las vayan construyendo? —preguntó Godwin.
El anciano movió la cabeza negativamente.
—Sería imposible. Están en toda la Tierra, seguro. No podemos ponemos en contacto con los cinco continentes. ¿Qué sabemos lo que pasa al otro lado del Atlántico, en África o en Asia? ¿Existen también guerrillas como las que conocemos en Europa? ¿Cómo trasladarnos allí para advertirles que derribando las torres podemos vencer a los invasores? No. Por desgracia, esa acción no conduciría a nada positivo. Además, las torres están fuertemente custodiadas.
—No pinta usted bien el porvenir, señor —masculló Godwin.
—Lo descubierto por René se acopla a lo que investigó Justo Gómez —dijo el anciano—. No desechemos la hipótesis de que la misteriosa estación orbital pertenece a enemigos de los rahas, a otros rahas que son contrarios a los invasores que dominan la Tierra.

Ross aplastó su cigarro en un gran cenicero de plata.
—La idea de capturar una nave raha es una quimera. Yo soy piloto y estudié astronáutica y navegación espacial. ¿Puede servir eso para entrar en una nave invasora y poder ponerla en marcha? ¡De ninguna manera! Y los rahas guardan bien sus naves espaciales.
Sir Walter le apuntó con un dedo.
—Incrédulo amigo, escúchame bien —dijo sonriendo—. René a analizado la mente de dos machos rahas. Analizó los impulsos cerebrales y casi sostuvo con los cíclopes una charla unilateral acerca de la forma de manejar sus naves. Incluso unas de esas plateadas que a veces usan como patrullas o en sus misiones punitivas, son capaces de llegar al otro extremo del sistema solar. Las interestelares están más ocultas y son las enormes que llegaron durante la invasión.
—De todas, formas será difícil, por no decir imposible, capturar una intacta —insistió Ross.
—Eso podemos pensarlo más adelante. Ahora sigamos con las hipótesis. René cree que los rahas están tratando de acondicionar este planeta como nuevo hogar o una colonia más de su hipotético imperio estelar. Cuando logren procrearse hasta cierto número y dispongan de materias primas, llegará el momento que decidan eliminar a los restos de los restos de los humanos que entonces queden. Entonces no les serviremos para nada.
Todos se miraron entre sí. Ross bufó y dijo:
—Pensemos cómo capturar una nave raha y volar hasta la misteriosa estación orbital.

* * *

Ross se puso las manos detrás de la cabeza y de reojo observó a Jane salir de la ducha. Lo hizo complacido, admirando el hermoso cuerpo de la chica.
—Ven conmigo —dijo, tendiéndole una mano.
Pero ella comenzó a vestirse ante el disgusto de él.
—¿Qué te sucede? —preguntó frunciendo el ceño.

—Vuelvo a mi habitación.
Ross se sintió furioso. Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo para aplacar su incipiente malhumor.
—Te has cansado de mí, ¿no? —inquirió.
—No, Ross. Han sido unos días estupendos, pero...
—Comprendo. Hay donde elegir y de ninguno de tus preferidos recibirás una negativa por respuesta.
Ella pareció por un instante dispuesta a iniciar una discusión, pero terminó de llenar su bolsa y se dirigió a la salida. Desde allí, con la puerta medio abierta, se volvió y dijo:
—Tenemos mucho trabajo, Ross. Nos veremos más tarde.
—Sí, en la reunión del jefe. Hasta entonces.
Se volvió a tumbar en la cama y le dio la espalda. No suplicaría. Si ella consideraba que sus relaciones debían terminar no sería él quien insistiría en prolongarlas. Escuchó el portazo y cerró los ojos.
Jane era una chica libre, se dijo. Y todos ellos luchaban por ser libres. La libertad era algo duro de asimilar, pero era la mejor forma de convivir. Al menos él no concebía otro sistema.
Además, recordó, Jane le había advertido que ella no quería compromisos. El mundo que conocían no les permitía pensar en el futuro. Sólo había presente, que era preciso gozar a toda plenitud, mientras los rahas les dejasen respirar tranquilos.
Se levantó más tranquilo, pero sin dejar de pensar el Jane. Aún era pronto para la reunión, pero daría un paseo por los corredores, llegaría hasta el nivel superior y allí se distraería un poco en la armería, observando cómo las mujeres más hábiles acondicionaban guanteletes para seguir usando las varillas rahas. Pronto dispondrían de más de dos centenares de hombres capaces de usar las armas invasoras contra sus propios creadores. Y ya no las desdeñaban como antes hicieron.
Se encontró con Almanzar. Ambos llevaban el mismo camino e intercambiaron algunas ideas.
—No pareces encontrarte bien, Ross —dijo el español.
—Te equivocas: estoy perfectamente.
—A mí no me engañarás, Ross. Hace poco he visto a Jane.

¿Se trata de algo que ha pasado entre vosotros?
—Dejemos ese tema —farfulló Ross.
—¿Qué demonios le has hecho a esa chica que ya no es la misma?
—Pregúntaselo a ella. Jane ha sido quien me ha dado el portazo.
—Pues me había figurado que era todo lo contrario.
—No te entiendo...
—Vamos, que pensé que tú la habías dicho que cogiera su equipaje y volviera a su cuarto. Demonios, Ross, a veces pareces tonto. ¿Es que no te has dado cuenta que Jane se ha enamorado de ti como una colegiala?
Se detuvieron y Ross miró fijamente a su amigo.
—¿Estás seguro de lo que dices?
—Vamos, ¿qué creías? ¿Acaso que se había marchado para acostarse con otro tipo? No, amigo. Ella está loca por ti y si ha sido ella la que se ha retirado de tu lado es porque no soportaría que algún día le mostrases síntomas de aburrimiento.
—Tendré que hablar con ella después de la reunión. Almanzar sonrió extensamente.
—Me alegraré por los dos. Ella...
Se escuchó un chasquido y luego los altavoces anunciaron que la reunión se adelantaba, que todos los convocados a ella deberían presentarse inmediatamente.
Almanzar y Ross corrieron por los pasillos, pasaron delante de la sección de armería y subieron por el ascensor hasta el siguiente nivel. Entraron en la sala y al principio no se dieron cuenta de lo que pasaba. Luego, Ross vio a Jane, Godwin, Fong Nge, Sir Walter y otra persona que al principio no reconoció.
Pero al fijarse por segunda ven en el desconocido, exclamó:
—¡Miles!
Una mirada cansada se volvió hacia él y le sonrió parcamente. Creyó escuchar un susurro, pero no entendió lo que dijo. Miles parecía otro, cansado y sucio. Lucía moretones en la cara y jadeaba.

Kensington arrastró una silla y la colocó detrás de la mesa, se sentó y fue mirándolos a todos, sin invitarles a que ocupasen las otras sillas. Parecía preocupado y hasta más pálido de lo habitual.
—Una patrulla encontró a Miles merodeando la entrada cuatro de la sección B —dijo.
Ross sabía, puesto que ya conocía perfectamente la composición de la Fortaleza, que la sección B era una especie de trampa, una falsa fortaleza, pero que se comunicaba con la principal y verdadera y que podía ser aislada desde allí. Aunque el enemigo ocupase la sección B nunca podría alcanzarles porque estaba a más de diez kilómetros de distancia. Pero allí había hombres y mujeres, más de cien.
—Y poco más allá del lugar donde descubrimos a Miles hay cientos de naves rahas de todas clases —exclamó Godwin.
Ross miró a Miles, abrió la boca y su pregunta quedó abortada por la siguiente intervención de Kensington.
—Miles os dirá lo mismo que acaba de contarme —e hizo una indicación al hombre.
—No puedo creer que siga con vida —dijo Ross.
—Los rahas cambian de táctica de vez en cuando —dijo roncamente, Miles—. Me hicieron prisionero junto con dos de mis hombres.
—Gracias a ti pudimos escapar con los cuerpos rahas —dijo Jane.
—Esa acción no le excusa su asqueroso comportamiento posterior —gritó Godwin.
—Cállate, Godwjn —pidió Kensington—. Que hable Miles.
—Godwin tiene razón —dijo Miles—. Los rahas nos hicieron hablar. Deben estar asustados un poco por la intensa actividad de las guerrillas, además de la perdida de sus compañeros raptados. Así es. Primero fallaron los dos prisioneros. Hablaron de la Fortaleza y de todo cuanto sabían antes de morir. Entonces empezaron conmigo, sucedió algo que no recuerdo bien —Miles movió la cabeza, avergonzado—. Tal vez fue el dolor o las drogas que me suministraron, no sé. El resultado fue que me encontré a mí mismo hablando por los codos, diciendo

todo cuanto sabía y corroborando lo expuesto anteriormente por los otros.
—Sucio traidor. —mascullό Godwin. Miles le miró torvamente.
—Me habría gustado verte a ti en mi lugar. Los dos hombres eran fuertes y sucumbieron. ¡No sé qué están usando contra nosotros, pero os aseguro que no es posible resistirse a sus procedimientos! Me he encontrado desde entonces en un mundo extraño, alucinante. Sólo recuperé algo de noción cuando la patrulla de Godwin mató a los rahas que me seguían y me trajeron aquí.
Kensington bajó la mirada, movió los dedos y dijo:
—Posesión mental. Los rahas que estaban con Miles exploraban el terreno y le dominaban. Sólo cuando murieron Miles comprendió lo que había hecho.
—Así debe ser, creo —suspiró Miles—. He debido decir a los rahas el lugar exacto de la Fortaleza. Han enviado una fuerza de ataque enorme y pronto empezarán la ofensiva.
Antes que estallase la tormenta, Kensington levantó las manos y pidió calma.
—No está todo perdido —dijo pausadamente, tratando de infundir tranquilidad—. Miles sólo conocía la entrada de la sección B. Y ya sabéis todos que ésta puede quedar incomunicada de la Fortaleza si bloqueamos el túnel de comunicación.
Miles parpadeó.
—Es cierto. Yo sólo conocía esa entrada y nunca supe que existían otras instalaciones. Godwin me trajo a través de un largo túnel a bordo de una vagoneta eléctrica. Las unidades rahas están apostadas alrededor de lo que siempre pensé era la auténtica fortaleza.
—Por lo tanto, Miles no ha podido contar a los rahas nunca que la verdadera Fortaleza es otra, a diez kilómetros de distancia de lo que ellos piensan es la única.
La tensión en la sala pareció disminuir. Fong Nge dijo:
—Ordenaré que destruyan el túnel.
—¿No comprenderán los rahas que la explosión cegó el camino hacia otros refugios guerrilleros y usarán sus detectores? —

preguntó Ross.
—Además de toneladas de piedra, descenderán murallas de acero que les harán pensar que al otro lado no hay nada —dijo el ex primer ministro—. Pero están los hombres y mujeres que viven allí.
—Entonces tenemos que sacarlos —dijo Godwin dirigiéndose hacia la salida—. Haremos creer a los rahas que huyeron.
—No te precipites tanto, Godwin —dijo el oriental—. Yo mandaré las operaciones. Conozco la forma de hacer las cosas lógicamente.
Godwin gruñó y le dejó pasar primero. Ross iba a seguirle cuando vio que Miles se volvía hacia Kensington y le pidió con ansiedad:
—Señor, quiero ir a la sección B.
—¿Sería prudente? Acercarte a los rahas podría significar caer de nuevo bajo su influencia.
—Estoy seguro que no será así, señor. Por favor... Ross intervino.
—Irá conmigo, señor. Yo cuidaré de él. No podemos despreciar ahora a Miles. Sin él no tendríamos aquí con nosotros a los rahas con los cuales René está trabajando.
Kensington se limitó a asentir.
—Pero obedeced en todo a Fong Nge —pidió cuando estaba saliendo.
Alcanzaron a Fong Nge cuando éste bajaba hacia la pequeña estación. Se volvió y descubrió a Jane, que le seguía después de haber tomado sus armas. Pensó que si la situación hubiera sido otra en aquel momento le habría expresado sus sentimientos.
Subieron a la vagoneta. Iban además cinco hombres y todos estuvieron muy apretados. Se pusieron en marcha y empezaron a recorrer los diez kilómetros que les separaban de la sección B.
Todos iban armados, excepto Miles. Ross estuvo tentado de darle una de sus pistolas, pero Godwin no dejaba de vigilarle. Desistió. ¿Para qué iniciar una discusión? Godwin seguía sin confiar en Miles y Ross se preguntó hasta qué punto tenía

razón en hacerlo.
A medio camino, Fong Nge usó el transmisor. La voz de Kesington les habló:
—Estoy enviando un convoy para recoger al personal de la sección B. No quiero héroes, sino que regreséis todos sanos y salvo. Luego permaneceremos en silencio hasta que los rahas se larguen. ¿De acuerdo?
—Sí, señor —replicó Fong Nge—. ¿Han averiguado qué están haciendo los rahas?
—Al parecer se desconcertaron un poco cuando capturamos a Miles, pero ahora rodean al perímetro de la sección B y su actitud es hostil.
—¿Bombardearán, señor?
—Pueden hacerla en cualquier momento, pero parecen estar disponiendo un asalto en toda regla. Tienen miles de infantes, de enanos grises armados con corazas. Los cíclopes los mandan y titubean hasta ahora. ¡Dios, parecen hormigas! Actúan como si no tuvieran jefes determinados. Sólo los grandes marrones, las hembras, parecen mandar.
Se cortó la comunicación y la vagoneta empezó a perder velocidad. Se aproximaron a unas luces y una especie de muelle. Algunas figuras acudieron a su encuentro. Una mujer se adelantó a Fong Nge. Parecía nerviosa.
—¡Eh! ¿Qué pasa? No podemos comunicamos con la Fortaleza.
—Medidas de seguridad —replicó Fong Nge saltando al muelle —. El jefe teme que los rahas intercepten nuestras llamadas. Yo asumo el mando desde ahora: Tenemos que evacuar la sección.
La mujer le miró confusa. Abatió los hombros y gritó unas órdenes a los demás que permanecían en el muelle.
— Ya lo habéis oído. Todos a huir. Llamad a los demás, los quiero aquí en seguida. —Se volvió hacia el oriental—: ¿Cómo nos largaremos?
—Viene un convoy con diez vagonetas —replicó Fong Nge—. Nada de objetos personales. Los rahas que rodean la sección pueden iniciar el asalto o bombardearnos de un momento a

otro.
—Enviaré patrullas para reforzar la entrada...
—Nada de eso. Nosotros iremos allí. Observaremos y nos marcharemos cuando calculemos que haya llegado el momento.
—Supongo que lo haréis antes de que vuelen el túnel —dijo socarrona la mujer.
Por un breve segundo, el oriental esbozó una sonrisa. Luego hizo una señal a los demás para que le siguieran.
Se cruzaron con grupos de personas que corrían hacia el muelle de embarque. Nadie hacía preguntas y Ross comprendió que la operación estaba ensayada de antemano.
Llegaron a la entrada y Godwin explicó:
—Encontramos a Miles y a los rahas que conducía apenas a unos cien metros de la entrada. ¿Qué les decías, Miles?
—¿Qué supones? —barbotó Miles—. No lo recuerdo bien, pero creo que les mostraba la entrada. Todo me resulta muy confuso.
Fong Nge se acercó a la puerta de acero y miró por la mirilla. Aún había suficiente luz en el exterior y allí el paisaje era llano. Descubrir las naves rahas y los grupos de éstos era fácil.
—Creo que van a intentar el ataque —dijo volviéndose a sus compañeros—. Quiero cinco hombres conmigo y ya sabéis lo que significará quedarse aquí para proteger la retirada de la dotación de la sección B.
Nadie se movió.
—¿Lo interpreto como un ofrecimiento masivo? —sonrió Fong Nge—. Los demás que se marchen. Es una suerte que los rahas quieran entrar y no bombardear la sección. Eso nos dará tiempo, que tenemos que ganarlo quedándonos aquí cinco, y luego no podremos regresar porque el túnel quedará cegado. Supondría un milagro volver a la Fortaleza dando un gran rodeo.
Fong Nge comenzó a impacientarse al ver que nadie retrocedía.
—Malditos testarudos —les volvió la espalda y se apostó detrás de la mirilla de la puerta. Señaló las demás practicadas en

hormigón armado—. Allá vosotros. Ocupad vuestros puestos. Recordar que sólo precisamos resistir diez minutos. Un cuarto de hora después volarán el túnel. O pueden hacerlo antes si el jefe ve la situación comprometida. Todo antes que la Fortaleza sea descubierta.

Ross estudió la puerta de acero. Al otro lado se confundía con el rocoso paisaje, pero sabía que no resistiría un disparo simple de una varilla. Los que la construyeron habían confiado más en el camuflaje que en la resistencia.

Sintió cerca la presencia de Jane. Entonces Ross se mordió los labios. ¿Por qué no se había retirado ella? Se miraron mutuamente y Ross, mientras acariciaba su varilla sostenida por el guante, le sonrió. Susurró:

—Te quiero. Jane.

Entonces sonó el estampido sobre la puerta de acero. Las rocas que la cubrían en el exterior saltaron por los aires. El siguiente rayo combó la hoja de acero y Fong Nge apenas tuvo tiempo de saltar a un lado para evitar que le cayera encima.

CAPÍTULO VII

Habían retrocedido ya dos veces cuando el suelo tembló debajo de sus pies. Fong Nge masculló tirando la varilla gastada y tomando otra:

—Lo siento, chicos; pero el túnel ha sido sellado.

Un tropel de rahas entró en el pasillo, disparando sus varillas y el oriental se tiró detrás de una mesa metálica. Desde allí disparó. El humo llenó el lugar y Ross no volvió a verlo.

Momentos antes de retirarse de la entrada, donde la resistencia se había hecho imposible, Fong Nge les había dicho que existían medios para salir de la sección B. Se trataba de los conductos de ventilación. Había muchos. Sólo era cuestión de encontrar un momento de tranquilidad, hallar uno y meterse por él. Luego, tenían que confiar en salir a un sitio sin rahas. Regresar a la Fortaleza era cuestión de paciencia, de esperar unos días en el campo y volver cuando todo estuviese tranquilo.

Ross contó sus varillas. Sólo le quedaban dos, la que sostenía estaba casi consumida. Junto a él, Jane estaba igual. Almanzar quemaba la última y Miles, a quien al final le habían entregado una, la usaba con mesura. Pero todos le habían visto despanzurrar a tres rahas y aquello pareció haber aplacado la desconfianza de Godwin, quien desde una esquina del pasillo vigilaba la aproximación de las primeras líneas rahas.
Cuando el humo se disipó un poco ya no vieron a Fong Nge y a los dos hombres que aún sobrevivían. Al parecer se habían largado. ¿En busca de un tubo de ventilación? Ross prefirió creerlo así.
Ninguno de los que estaban allí conocía bien la sección
Ross se alzó y anduvo unos metros por el pasillo desierto y semioscuro. Vio una rejilla. Se subió sobre una silla y la retiró sin apenas esfuerzo. Gritó a Jane y Almanzar que entraran en el tubo de ventilación.
—¿Cómo podemos saber que eso nos conducirá al exterior y no saldremos a la parte de la sección que ocupan los rahas? —preguntó Almanzar arrojando su descargada varilla.
—Vamos, sube de una vez —dijo Ross—. Procura ascender siempre y no bajar de ninguna forma. ¡Jane!
Vio a Almanzar perderse por el estrecho tubo. Maldijo porque la chica parecía no tener ninguna intención de escapar. Bajó de la silla y la agarró de una mano.
—¿Es que siempre vas a estar cometiendo tonterías? ¡Métete en el tubo de una vez!
—¡Déjame en paz! No pienso hacerlo si no podemos huir los dos.
Una lluvia de rayos le impidió a Ross replicar. Miró a Godwin disparar contra un tropel de rahas que corrían por el ancho pasillo hacia ellos. Los primeros caían, pero los que llegaban detrás pisaban los cadáveres de sus compañeros. Detrás estaban los cíclopes, empujando a los enanos de pelo gris.
—¡Dispara, Miles! —gritó Godwin saltando de su refugio.
Estaba demasiado lejos para reunirse con ellos y empezó a correr hacia un pasillo lateral.
Miles disparó, pero no lo suficiente de prisa para impedir que un

raha viese a Godwin y accionase su varilla.
Godwin fue alcanzado en un pie, pero se arrastró y desapareció por un oscuro pasillo.
Las luces de la sección iban disminuyendo de potencia.
Ross consiguió alzar a Jane y conducirla hasta el tubo de ventilación. La silla ya no estaba allí y era difícil de alcanzar. Buscó algo para llegar hasta el negro hueco. Miró desesperadamente alrededor. Los rahas llegarían en seguida.
Se sintió sobrecogido al notar un silencio aplastante. Los disparos habían cesado. Entonces empezó a escucharse el rumor de unos pasos, de las pisadas de los rahas ir hacia ellos, despacio, pero con determinación, seguros de sí mismos.
—Nos quieren prisioneros —rezongó Ross—. No nos cogerán vivos. Tendrán que matarnos.
—Soltad las armas.
Ross sabía que era la voz de Miles, pero su mente no alcanzó a comprender inmediatamente la situación. Cogiendo a Jane de la mano, se volvió. Miles les apuntaba con su varilla. Sus ojos brillaban en la penumbra.
—Miles... —empezó a decir Jane.
—Godwin tenía razón —dijo Ross—. Es un traidor.
—No. Kensington no se equivocó al pensar que la proximidad de los rahas le atraparían su voluntad —susurró Jane.
Lleno de furia, Ross alzó su varilla. Miles disparó y el rayo derritió la boca. Ross soltó la destrozada varilla que le quemaba entre las manos.
—Quedaos quietos o los rahas dispararán contra vosotros.
Jane, por favor, suelta tu varilla, no me obligues a matarte.
Antes que Ross pudiera gritarle que disparase, Jane soltó su arma, que rebotó en el suelo de hormigón. Inmediatamente surgieron varios rahas detrás de Miles.
Y comprendieron que todo estaba perdido para ellos.

* * *

Cuando la puerta se abrió y una figura humana fue arrojada, Ross no supo en seguida que se trataba de Almanzar el nuevo

prisionero.
Se cerró la puerta y sólo entonces se atrevió a llegar hasta Almanzar. Le palpó con ansiedad, queriendo saber pronto si estaba vivo.
Almanzar abrió los ojos y sonrió tímidamente.
—Hola, amigos. Me alcanzaron cuando aquel maldito tubo me llevó a un pasillo. Me hice un lío y un montón de bichos grises saltaron sobre mí —se sentó y lanzó un quejido seco, llevándose las manos al costado—. Creo que me rompieron una costilla cuando intenté saltar sobre Miles para quebrarle el cuello. ¡Maldita sea! No pude soportar verle allí, entre los rahas cíclopes, como un perrito faldero.
—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Jane.
—Sí. En una nave raha. Flotamos ahora a unos tres o cuatro mil metros. Un cíclope hablaba con Miles mediante un aparato. De allí salía una tonante voz que traducía sus graznidos. El cíclope decía que iban a volar la sección y...
—Un momento. ¿Miles no les dijo que la sección no era la Fortaleza que buscaban?
—No lo sé —los ojos de Almanzar se abrieron desmesuradamente—. ¿Es que aun le defiendes?
Ross movió la cabeza.
—No sé qué pensar. Todo es demasiado confuso.
—Pues yo no vi a Miles con la mirada ausente o movimientos torpes que me hicieran pensar que los rahas estaban dominándole la mente.
—¿Qué pasó con los demás? ¿Consiguió Foing Nge escapar?
—Qué sé yo. Oye, Ross, esta nave es distinta a la que hemos visto hasta ahora. Diría que se trata de un vehículo espacial. Hay muchas flotando en el aire, apoyando a las fuerzas de tierra.
Ross cerró los ojos. Se apoyó contra la desnuda pared.
Sintió a su lado el tibio contacto de Jane, pero permaneció quieto. Al rato sólo escuchaba la respiración de los tres. Y pensó que la suya era la más alterada.

* * *

Tal vez transcurrió una hora o fue más tiempo.
La puerta de la estrecha celda se abrió y apareció Miles.
Sostenía una varilla con su guante, un guante que antes de la batalla en la sección 8 le había entregado el propio Ross, ante la mirada desaprobadora de Godwin.
—Salid —dijo Miles.
Se levantaron los tres y salieron de la celda. Miles retrocedía, manteniendo con ellos siempre la misma distancia de dos metros.
—¿Ya a comenzar ahora el tratamiento para convertimos en un traidor como tú, Miles? —le preguntó Almanzar con ironía.
Como respuesta, Miles se bajó el cuello de su camisa y les mostró un collar rojo.
—¿Te lo han puesto ahora como premio a tus servicios? —inquirió Ross.
—Ya lo llevaba en la Fortaleza —replicó Miles. Con un gesto indicó que entrasen en una habitación.
Ross se imaginó que allí les estarían esperando unos horrendos potros de tormento, alrededor de los cuales se moverían algunos rahas blandiendo bisturís y herramientas.
Pero vieron a dos rahas hembras caídas sobre charcos de sangre. En un rincón había tres bestias de color gris, también muertas al parecer. Un cuarto raha enano yacía sujeto a un cilindro, atados sus miembros con aros brillantes. Al ver entrar a los humanos intentó retroceder, gimió y se acurrucó.
Al volverse para mirar a Miles, Ross notó que éste empezaba a sudar copiosamente.
Miles ya apenas les apuntaba con la varilla. Dijo con voz trémula:
—Escuchadme, por favor. No hay apenas tiempo. El collar ha empezado a achicarse. No os lo dije todo. Los rahas me prometieron que me quitarían el collar y me harían su colaborador. Yo sabía que no cumplirían con su palabra, pero fingí creerles. Es cierto que me torturaron y en cierta forma dominaban mi mente, pero una vez en la Fortaleza, cuando fui capturado por Godwin, fui libre. En la refriega en la sección noté

que iba a caer de nuevo en sus garras y concebí un plan. Sabía que querían prisioneros, más humanos a los que interrogar porque desean acabar con la actividad guerrillera. Yo pude engañarles y ocultar el emplazamiento de la Fortaleza, pero eso vosotros, no hubierais podido conseguirlo, os lo aseguro.

»También sabía que nos llevarían a una de sus naves. Son espaciales y las usan para viajes largos en la Tierra. Creo que en América del Sur disponen de su base central. Hacia allí nos dirigíamos cuando detuve el rumbo y maté a estos monstruos, excepto a éste —y señaló al macho raha que los miraba con sus ojos rojos—. Los enanos son miedosos cuando les faltan las hembras. No os será difícil hacerle hablar. Le comprenderéis por medio de un traductor que hallaréis por ahí...

—Lo conozco. Te vi hablar con los cíclopes por él —le dijo Almanzar ansiosamente, evitando a Miles más explicaciones.

—¡Magnifico! Entonces sólo tenéis que usar la imaginación. El resto corre de vuestra cuenta. Tú. Ross, eres el más capacitado para llevar adelante el viejo plan de Sir Walter. Confío que tendrás suerte...

Miles torció el gesto. Soltó la varilla, se llevó las manos al collar, como si quisiera impedir que éste siguiera achicándose. Pero todos sabían que en el aro rojo, cuando comenzaba a estrecharse; el proceso era imparable.

—Esto se acaba... —gimió Miles—. Estamos lejos de las naves rahas, pero ya se han dado cuenta que he matado a los tripulantes y han decretado mi muerte. Ross, terminarán alcanzándoos si no te espabilas. Tenéis por delante, calculo, escasamente una hora. ¿Será suficiente para que aprendas a...?

—¿Qué tengo que aprender, Miles?

—Eres un imbécil a veces, Ross —Miles cayó de rodillas. Su rostro estaba rojo—. ¿Es que no has comprendido que estáis en la nave que precisabais para vuestros planes? ¡Para alcanzar la misteriosa estación orbital! Vamos, no desperdicies esta oportunidad y...

Ross se acercó a Miles. Miró desesperadamente en todas

partes. Resultaba horrible ver morir a un hombre bajo la acción de un maldito collar rojo. Pero no podía hacer nada. Lo sabía. Sólo presenciar una horrenda muerte. Escuchó detrás suyo el llanto de Jane, que ella había intentado contener, pero que al final la había vencido.
—Miles, muchacho, yo... —dijo Ross, tambaleándole la mano delante del rostro cada vez más congestionado del infeliz.
—Espera... Déjame terminar. Convencí a los rahas... Les dije que vosotros les llevaríais a otro lugar donde está la residencia de los terrestres. Confío que no me decepcionaréis, Yo... Bueno, nunca confié que sacaríamos nada en claro de esa estación orbital. Espero que me equivoque. Por favor, echad a los rahas de nuestro planeta antes que sea tarde...
Miles soltó un ronco estallido de gritos. Una sacudida le alzó del suelo y luego se derrumbó como un saco.
Ross desvió la mirada de Miles. Jane estaba pálida, como Ross nunca podía imaginarse que una persona podía palidecer. Se sorprendió al ver a Almanzar tan natural. Pero supo que la tormenta le rugía en las entrañas. Le dijo:
— Toni, búscame ese traductor. Ya oíste a Miles: no tenemos mucho tiempo.
Luego se revolvió con furia hacia el raha.
Le habría gustado despedazarlo con sus propias manos.
Pero era el único nexo que podía conducirle a una interpretación del misterio de aquella nave.

* * *

Toni Almanzar entró en el puente después de arrojar al espacio los cuerpos de los rahas y el de Miles. Los sillones que allí había no eran muy cómodos para un cuerpo humano, tal vez debido a su excesivo tamaño, ya que eran usados sólo por los cíclopes.
—¿Dónde está el macho?
—Lo ha encerrado Jane en la misma celda que ocupamos nosotros.
Almanzar miró el bruñido tablero. Las luces parecían flotar

sobre él. No sabía tanto como Ross, pero sí que la nave podía ser manejada mediante el ocultamiento de las luces. Sólo era preciso la mano o un objeto opaco.
—¿Alguna duda? —preguntó Toni.
—Tengo que decir que ninguna... o todas —sonrió Ross—. Esperemos que el prisionero no sea tan astuto como hasta el punto de engañarme. También debemos tener en cuenta que el interpretador mecánico puede no ser perfecto y algunas respuestas sean equivocadas. Si así resulta... Bueno, ya sabes que nos siguen algunas naves como ésta. Hasta ahora hemos logrado mantener una distancia prudencial.
—Yo también me pregunto cómo no nos han alcanzado ya. Pueden hacerla, ¿no?
—¡Seguro! Nos alejamos de la Tierra describiendo órbitas cada vez más amplias a una velocidad de cien kilómetros por minuto. Aceleramos muy despacio, casi imperceptiblemente. Pero esta nave puede alcanzar casi la velocidad de la luz, si no es que puede superarla también. Si nuestros seguidores no nos han alcanzado y derribado es porque no saben aún lo que ha pasado a bordo de esta nave.
—Ahora el problema es localizar la estación orbital.
—Eso ya lo hice. Almanzar —Ross señaló una esfera del tamaño de una pelota. Allí sobresalía un punto rojo—. Es ésa. La tenían bien indicada. Conozco las luces que debo tocar para llegar allí. Pero la cuestión es lo que harán nuestros perseguidores cuando se den cuenta que vamos hacia allí.
—Comprendo —asintió Toni—. Si tienen alguna duda de la suerte que ha corrido la tripulación de esta nave lo sabrán al vernos volar hacia la estación con la que sostuvieron como balas hace años.
—Así es. Entonces nos destrozarán —rió nerviosamente, agregando—: Claro que eso será si les damos tiempo.
—Confío en tu pericia —murmuró Almanzar, restregándose la cara con las manos.
Ross miró a la derecha. A una pantalla que le mostraba la posición de las cinco naves que les seguían. Los rahas disponían de unos sistemas de comunicación similares a los

terrestres, pero al parecer usaban una única banda que podía ser captada fácilmente y establecer un contacto múltiple.
Jane entró en el puente. Se derrumbó en uno de los sillones y de soslayo Ross la notó con los nervios destrozados. Dejó que ella hablase.
—El raha prisionero pareció volverse loco cuando quise meterlo en la celda. Ross. Tuve que disparar a sus pies para obligarle.
Ross se encogió de hombros. Tal vez algún día comprendiesen a los invasores, pero por ahora resultaba imposible prever sus reacciones. Dejó de pensar en el macho gris.
El puente se llenó de estridentes rugidos. Los tres humanos miraron a todos lados alarmados.
Ross creyó haber encontrado la respuesta.
—Tratan de comunicarse con la tripulación los rahas que nos siguen.
—El silencio les dará la respuesta que precisan —dijo Almanzar.
—Es posible. Pero ya tenemos delante la estación, llegaremos a unos mil kilómetros de ella antes de media hora. Aceleraremos cuanto podamos, romperemos las órbitas y nos alejaremos de nuestros seguidores.
No añadió que éstos en cuestión de minutos recuperarían la distancia que él podía hacer aumentar en poco tiempo. También podían superarles, plantarse delante e impedirles continuar hacia la estación.
—¿Qué armamentos llevamos?
Ross parpadeó ante la pregunta de Toni. Dobló la cabeza, fijándose en los indicadores de la media docena de proyectores de rayos de proa. En la popa disponían de dos unidades más. Si las naves que les seguían eran iguales a la que habían robado, debían contar con que el enemigo disponía de más de sesenta proyectores que podían estar apuntándoles constantemente.
Pero después de informar a Almanzar que podía controlar las instalaciones defensivas y ofensivas de a bordo, Ross pasó a meditar en el siguiente problema con que debían enfrentarse y que al parecer sus compañeros no habían imaginado.

Según las investigaciones de Justo Gómez, la estación orbital situada a unos doscientos mil kilómetros de la Tierra y que apareció hacía unos años, estaba controlada por enemigos de los rahas. Una sola vez desde la Tierra partieron naves rahas que intentaron atacarla, siendo rechazado su ataque. No volvieron a insistir.
Por lo tanto, aproximarse a la estación suponía un peligro. Ellos viajaban en una nave raha y les seguían una decena de vehículos similares. Lógicamente, los ocupantes de la estación supondrían que todas las naves eran enemigas.
Sin distinción.
Sólo les quedaba el comunicador de única y amplia banda, y luego rogar que fuesen escuchados y atendidos en sus peticiones de aproximación a la estación.
Pero Ross pensaba que tal actitud no iba a resultar tan sencilla.

CAPÍTULO VIII

Jane tragó saliva, carraspeó y se inclinó sobre el disco que Ross le había dicho era el micrófono por el que debía hablar.
—Aquí representantes de la raza humana viajando a bordo de una nave raha en dirección a la estación orbital —miró intranquila hacia Ross y éste le respondió con una sonrisa de ánimo. El interpretador debía estar convirtiendo su mensaje en idioma raha, el cual, esperaban, debía ser conocido por los seres de la estación. Aunque no hablasen el idioma raha, incluso los enemigos estaban obligados a conocer la lengua de sus oponentes—. Nos siguen diez naves rahas. Repito: nos siguen diez naves rahas. Hemos robado la que usamos para aproximamos a ustedes, los seres que controlan la estación orbital, que suponemos enemigos de la raza que dominan a los dueños del planeta llamado Tierra.
Jane agitó la cabeza y sus cabellos apenas se movieron, pegados a la cara a causa del sudor. Por un momento todo aquello le pareció una estupidez, una incongruencia. ¿Por qué suponían que desde la estación estarían escuchándoles? Lo

lógico sería suponer que apenas cruzasen un límite serían desintegrados.
—Suplicamos nos dejen entrar en su estación. La vemos aumentada y sabemos que disponen de esclusas capaces de permitir el paso de esta nave. Repito; huimos del grupo de naves que nos siguen. Somos aborígenes del planeta que han conquistado los rahas y queremos entablar contacto con ustedes, los seres que hace unos años repelieron un ataque raha.
—Esto es una locura —masculló Almanzar removiéndose en su enorme sillón. Recibió una mirada fulminante de Ross y soltó un gruñido.
—Deja que Jane continúe —dijo.
Y la miró. La chica siguió con el monólogo que habían creído sería el más conveniente. Pero ¿cómo podían estar seguros? Si apenas conocían a los que les humillaban desde hacía dieciocho años, ¿cómo podían siquiera imaginarse la reacción de los ocupantes de la estación supuestamente enemiga de los rahas? ¿Qué inconcebibles seres eran sus dueños?
Una pantalla les mostraba la cada vez más próxima estación. Ross traducía a kilómetros los símbolos rahas de distancia. Calculaba que se encontraban a menos de cinco mil kilómetros de la estación. Y el grupo de naves que les seguían habían reducido la distancia a menos de dos mil kilómetros.
Los rahas que les perseguían desde la Tierra parecían ya no tener ninguna duda de que los humanos se habían apropiado de la nave. Quizá su aproximación a la estación era lo único que les mantenía desconcertados, haciéndoles esperar el momento más idóneo para terminar con el asunto mediante un fulgurante ataque.
Pero fue de la estación de donde recibieron la violenta reacción. Una cortina de fuego eclosionó delante suyo.
Ross pegó un respingo en su sillón. Pero en seguida comprendió que no habían querido destruirles. Era una salva de advertencia. Mantuvo la ruta de la nave. Los de la estación podían pensar que se trataba de una estratagema de los rahas para aproximárseles. Si huían demostrarían que los mensajes

de Jane eran una farsa.
—Nos van a achicharrar si seguimos adelante —dijo Almanzar.
—Y si damos media vuelta caeremos en manos de las naves que nos rondan —replicó Ross.
Una nueva cortina estalló esta vez a menos distancia de la proa de la nave. Ross no pudo evitarlo e imprimió un ligero desvío a la derrota. Se desviaron a la derecha de la estación, manteniendo por unos instantes la misma distancia.
Entonces los atacantes comenzaron a disparar sus proyectores de rayos. La maniobra impulsiva de Ross les libró de caer dentro de la trayectoria de los haces destructores.
—Ahora nos freirán entre los dos —aulló Almanzar. Ross miró a Jane. La chica seguía lanzando mensajes a la estación, repitiendo una y otra vez sus súplicas, rogando que les dejasen acercarse.
Miró la estación, era como media rueda. Donde debía estar el eje era una gran bola erizada de protuberancias. Debía medir más de tres kilómetros de largo por casi uno en su parte de mayor altura. Los disparos procedían de cada extremo de la rota rueda.
Ross estableció una ruta que les llevaría a orbitar alrededor de la estación, a unos tres mil kilómetros, pero acortando distancia a razón de cien kilómetros cada tres segundos.
Las naves perseguidoras se desplegaron y adquirieron más velocidad.
De los extremos de la rueda surgió un nutrido despliegue de fuego. Ross lo miró con ojos muy abiertos. Esta descarga sería la definitiva, pensó. Ahora no se trataba de una salva de advertencia.
No salió de su asombro cuando la brillante cortina de fuego se desdobló en dos mazos, pasaron ululantes él sus lados y destrozaron las agrupaciones rahas que aún no habían completado el despliegue.
Parpadeó y miró a sus compañeros. Aún no estaba seguro de estar vivo, de que los tres siguieran vivos.
Una seca y vacilante voz surgió del tornavoz del comunicador.
—Seres llamados terrestres, se os permite acceder a... lo que

llamáis estación orbital... Seres llamados terrestres, desde ahora estáis sumidos en una nube de protección... de protección a nuestra seguridad. Seréis destruidos dentro de un campo de fuerza al menor indicio de... animosidad.
La nave sufrió una ligera convulsión. El espacio que les rodeaba vibró tornándose brillante. Ross notó que su dominio en la dirección cesaba. Una fuerza descomunal y extraña les conducía hacia la estación.
En la esfera principal se formó un círculo luminoso.
—Nos abren una esclusa —susurró emocionado—. ¡Nos admiten!
Era más de lo que podían esperar. Les conducían al interior de la misteriosa estación, cuando ellos habían sólo esperado, como máximo, comunicarse con los ocupantes de la estación desde una prudencial distancia.
—Ojalá también nos la abran para salir —dijo Almanzar. Ross reprimió una risa nerviosa. Hizo un gesto de felicitación a Jane.
— Te escucharon, cariño —dijo.
Luego se relajó, dejando que les llevasen hacia la estación. La esclusa fue adquiriendo mayor tamaño.
La mente de Ross se llenó de preguntas. ¿Cómo serían los seres que estaban allí desde hacía años, como pacientes guardianes de lo que acontecía en el viejo planeta alrededor del cual giraban?
La respuesta, para bien o para mal, no tardaría en llegarles.
Al menos eso era lo que esperaban.

* * *

Después de que la misteriosa nave se posara en el interior de la estación, Ross se preguntó si los habitantes de ésta respiraban un aire similar al suyo. Los rahas soportaban la atmósfera terrestre al menos, aunque hubiera en ella algo que les condenaba a la esterilidad.
Por medio de los visores vieron que se hallaban en una estancia de enormes proporciones, desnuda y de aspecto metalizado. Una luz discreta alumbraba hasta sus más

recónditos rincones.
Desde el último mensaje permitiéndoles entrar, no volvieron a recibir más instrucciones. La voz seca y vacilante, como procedente de un traductor, se había mantenido en desesperante silencio.
Las naves rahas perseguidoras habían sido destruidas u optado por la huida.
—Es indiscutible que los rahas temen a esta estación —murmuró Ross, sin darse cuenta que había expresado en voz alta sus últimos pensamientos.
Almanzar empezó a caminar, dando muestras de nerviosismo.
—¿Qué esperan para decirnos que bajemos? Entonces sonó la voz, diciendo:
—Seres de la Tierra... Podéis salir. El aire ha sido acondicionado a vuestro metabolismo, al igual que la temperatura.
Ross tomó a Jane de la mano y por un momento vaciló. De común acuerdo desecharon las casi exhaustas varillas rahas. Pero conservaron sus pistolas terrestres, confiando que la posesión de éstas no enfurecerían a los misteriosos seres de la estación.
Cuando abrieron la compuerta, Ross dijo a Toni:
—Echa un vistazo a nuestro prisionero raha...
—No os molestéis por él —tronó la voz, paralizando a los tres terrestres—. Bajad.
Lo hicieron tensos, con un temor que les corroía las entrañas. Eran vigilados, y hasta sus pensamientos parecían ser leídos.
Si habían esperado encontrar un comité de recepción se equivocaron. La nave raha parecía empequeñecida en medio de aquella especie de hangar. Titubearon al pie de la rampa y la voz, que ahora parecía surgir de todas partes, les indicó que siguieran adelante.
Vieron una entrada circular, la única al menos visible en el hangar. No había otro camino y hacia ella se dirigieron. Debía ser la dirección correcta porque la voz no volvió a dirigirles mensaje alguno.
El pasillo les condujo a una estancia circular, ahora de tamaño

similar a un salón común. La voz les dijo que se situasen dentro de un círculo negro de cinco metros de diámetro colocado en el centro.
Apenas hubieron puesto los pies en aquella especie de alfombra mullida, ésta se puso en movimiento y les llevó hacia delante a una altura de veinte centímetros del suelo.
—Vaya, una alfombra voladora —musitó Almanzar, abriendo las piernas para mantener el equilibrio.
Pero la plataforma se deslizaba a la velocidad justa para no hacerles caer. Poco a poco los terrestres se fueron serenando y empezaron a relucir las primeras sonrisas.
La marcha se detuvo cuando llegaron a una habitación abovedada, de paredes azules y suelo rojo. Las luces aumentaron de potencia cuando la plataforma se posó en el suelo. Era tan delgada en posición inmóvil que apenas notaron los bordes al bajar de ella.
—Quietos ahí —dijo la voz. Después de una pausa, añadió—: Ahora os interrogará el Amo.
Los terrestres se miraron. Ross comprendió por las expresiones de Almanzar y Jane que delegaban en él la misión de ser interlocutor de la raza humana. Ross echó de menos entonces a sir Walter y sus dotes de político antiguo.
—Soy el Amo, el Regidor de esta unidad —tronó una voz que en poco se diferenciaba de la que hasta entonces se había dirigido a los terrestres—. La traducción puede no resultar la adecuada, pero confío que me entenderéis.
—Le entendemos, señor —dijo Ross, preguntándose qué clase de tratamiento debía darle a su anfitrión.
—¿Por qué no se muestra a nosotros? —le preguntó Jane en voz baja.
—Medidas profilácticas —replicó Ross no muy seguro de lo que decía—. ¿Tú aceptarías la presencia de alienígenas sin tomar precauciones?
Ella se encogió de hombros.
—Desde que abandonasteis la Tierra seguí la trayectoria de vuestra nave con curiosidad. Cuando supe que eran terrestres sus dueños me sorprendí. Y aún más cuando escuché vuestros

deseos de hablarme.
—Hace tiempo habíamos pensado que los rahas son sus enemigos, señor.
—¿Enemigos? —la voz del Amo pareció rugir—. No es la definición exacta. Pero admitámosla. ¿Desde cuándo sabíais de mi presencia aquí?
—Creo que desde hace diez o doce años, señor.
—Habéis tardado mucho tiempo en venir.
—Carecíamos de medios.
—Los rahas siempre eligen planetas incivilizados para sus períodos de penuria.
Almanzar hizo una mueca de disgusto. No le agradaba la estimación que de los terrestres tenía el Amo.
En cambio, Ross frunció el ceño, pensando que tal vez su mente le había jugado una pasada al imaginarse en el tono de voz del Amo un acusado síntoma de ironía.
—Ustedes combatieron a los rahas apenas aparecieron —dijo Ross.
—Cierto. Pero no volvieron a cometer la misma estupidez, hasta hoy al menos. Claro que no podemos llamar un ataque en regla lo sucedido. Vuestra presencia ha sorprendido mi lógica, ya que el planeta llamado Tierra sucumbió a la invasión raha sin apenas ofrecer resistencia.
—Pues seguimos luchando contra ellos —bramó Almanzar.
—No tenéis ninguna posibilidad de vencer.
—¿Por qué tanta seguridad en sus palabras, Regidor? —preguntó Jane.
—Pura lógica, consecuencia de análisis exactos. Ese es mi cometido.
—¿Su cometido? —parpadeó Ross—. ¿Quién es usted realmente? ¿Por qué no se muestra a nosotros? ¿Es igual a los rahas?
La voz emitió un sonido que con optimismo podía ser interpretado como una risa divertida.
—¿Es que no lo habéis adivinado, terrestre? —inquirió la voz—. Soy el computador de esta unidad de vigilancia.
—¿No hay nadie vivo a bordo?

—Excepto vosotros, no.
—¿Dónde están tus constructores?
—A miles de parsecs de aquí, aguardando.
—¿Qué aguardan?
—Que los rahas se repongan.
—¿Para qué?
—Para combatirlos y vencerlos de nuevo.

* * *

Súbitamente. Ross notó el cansancio acumulado durante las horas transcurridas desde que acudió a la cita con el ex primer ministro. Se pasó la mano por la frente. Pese al agradable ambiente creado para ellos en la estación, tenía calor, y frío a veces.

Comenzó a sentir desprecio por la máquina con la que hablaban.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vigilo a los rahas. Los observo. Cuando los milhajos supieron que en su huida, después de la última derrota que les infligimos, se habían refugiado aquí, me enviaron a mí. Mi misión es permanecer el tiempo necesario hasta que los rahas superen su estado de crisis, se rearmen, procreen y regresen al espacio acordado.

»Mi cometido es seguir a los rahas en cada huida periódica. Cuando yo obtenga los datos precisos que me indiquen que de nuevo saldrán al espacio, regresaré, alertaré a los milhajos y se celebrará una nueva batalla.

—Esto es una locura que no podemos comprender.

—Es lógico. Sois una raza incivilizada. ¿Cómo podéis comprender las motivaciones de los milhajos, que poseen una historia de más de cien mil años?

Ross se adelantó dos pasos. Miró en dirección hacia donde parecía surgir la voz del Regidor con más potencia.

—No somos bárbaros, máquina endemoniada —exclamó—. Empiezo a verlo claro. Vosotros, es decir los llamados milhajos, tienen a los rahas como distracción.

—Exacto.
—¡Pero eso es inhumano! Una raza con cien mil años de antigüedad no puede ser tan cruel. ¿Qué repulsivo aspecto deben tener los milhajos?
La máquina cloqueó y replicó tonante:
—Son iguales a vosotros prácticamente, pero con más sabiduría.
—¿Llamas sabiduría perseguir una raza por los confines del Universo con sólo el placer de guerrear?
—Los milhajos tienen todos los derechos. Ellos crearon a los rahas.
—No puedo creerlo...
—Me es indiferente. En realidad los milhajos hicieron evolucionar a unos animales domésticos hasta darles una inteligencia adecuada, que incluso es superior a los aborígenes de la Tierra. Por supuesto, los rahas no lo saben y harán caso a quien les diga que ellos viven para servir de placer a los milhajos cuando cíclicamente mis amos sienten deseos de combatir, de sumergirse en el placer sublime de la destrucción y la guerra.
—¿Por qué, precisamente los rahas?
—Son peculiares. Es una raza, que una vez readaptada, ofrecía todos los condicionantes que mis amos requerían. Resultan feroces cuando alcanzan un elevado número de criaturas, son laboriosas y guerreras. Nunca pueden vencer a los milhajos, pero tampoco se dan nunca por vencidas. Durante milenios conservan el deseo del desquite. A cada guerra que pierden se retiran a algún mundo habitado con el único fin de esclavizar a sus habitantes, conseguir minerales, construir una nueva flota y regresar al campo de batalla.
»Ahora están en su período no fértil, pero pronto conseguirán que las hembras procreen. En menos de dos años serán miles de millones y tendrán listas sus flotas de combate. Entonces partirán al espacio en busca de los milhajos, serán derrotados y buscarán otro mundo apropiado como cuartel de invierno en donde restañarán sus heridas eliminarán de la atmósfera los elementos que los convierten en estériles y... Bueno, el ciclo se

iniciará justamente cuando la raza que me creó experimente la necesidad imperiosa de luchar de nuevo para no iniciar su declive.
—Oh, Ross —dijo Jane estremeciéndose—. Los rahas son la vacuna que buscaron los milhajos para no perder su empuje.
——Es una buena definición, adecuada para sus mentes primitivas —asintió el Regidor.
—Ahora los rahas están construyendo miles de misteriosas torres en todo el planeta —dijo Ross.
—Lo sé. Con ellas anularán en la atmósfera el elemento que les impide procrear. Sé que dentro de menos de un año de los vuestros sus hembras empezarán a parir masivamente. Entonces ellos prescindirán de los esclavos humanos, terminarán sus flotas y...
Ross apretó los puños.
—Se largarán dejando un planeta arruinado, con unos pocos supervivientes condenados a la extinción —dijo.
—Es la conclusión justa —admitió la voz.
—Nosotros habíamos puesto nuestras esperanzas en esta estación —dijo Jane.
—¿Por qué? —inquirió el Regidor.
—Pensamos que aquí permanecían enemigos de los rahas, con los que podríamos aliamos, pedirles ayuda para evitar la desaparición de mi raza —Jane movió la cabeza—. Oh, ¿es que una raza casi igual a nosotros puede soportar el aniquilamiento de los terrestres sin inmutarse?
—Yo no ruedo experimentar sentimientos —dijo el Regidor—. Mis creadores a través de mí han presenciado la desaparición de cientos de razas, algunas incluso más evolucionadas que la vuestra. Y me consta que nunca decidieron torcer los planes trazados.
—Tú eres una máquina capaz de pulsar todas las posibilidades, maldita seas —dijo Ross—. Debiste calcular que queríamos venir a ti para pedirte ayuda. ¿Por qué nos dejaste llegar?
—Digamos que mis amos recibirán con placer mi informe.
Siempre es grato conocer un poco más lo que acontece en los espacios profundos. Llevo un completo registro de todas las

razas que los rahas han estado utilizando durante estos milenios.
—¿Qué harás ahora con nosotros? —preguntó Ross tensamente.
—Me resulta indiferente. Podéis incluso marcharos, regresar a vuestro mundo o buscar otro donde salvar vuestras vidas usando la nave que habéis robado.
»Ya no es precisa aquí vuestra presencia. Mientras hablabais os he analizado y conozco todo lo preciso de vosotros. A mis amos les agradará saber cómo fueron los animales que usaron los rahas en su última reorganización. Como advertencia os diré que no consentiré que el raha macho abandone la nave. Si así lo intentáis no os permitiré marchar y os destruiré a todos.
—¿Quieres decir que ya podemos marcharnos? —preguntó Ross.
—Exactamente.
—Entonces quiero hacerte una última pregunta.
—Puedes formularla.
—He comprendido que los milhajos, después de una guerra, desean un período de paz. Los rahas precisan de cierto tiempo para recuperarse, pero éste no puede ser siempre el mismo. ¿Qué sucede si los rahas ocupan un mundo donde no existe el elemento que los esteriliza y se reorganizan antes de lo previsto.
—Eres estúpido, terrestre —dijo la máquina—. Para eso estoy yo aquí, para alargar o acortar el tiempo que los rahas necesitan para disponerse de nuevo a la lucha. Ellos deben estar dispuestos, aunque no se percaten de tal cosa, para servir a mis amos justo en el momento preciso.
»Ahora dejadme ocuparme de preparar el informe. Mis computadores secundarios os vigilarán hasta que abandonéis esta unidad de vigilancia.
Hubo un seco chasquido y la voz no volvió a surgir más.
Otra dijo surgiendo de otra sección:
—Marchaos a vuestra nave. Cuando estéis preparados os devolveré al espacio. El Amo, el Regidor, ha hablado.

CAPÍTULO IX

—Mientras no cerremos la esclusa no nos lanzarán al espacio —dijo Ross a Almanzar cuando éste hizo intención de mover la palanca.
—¿Qué pretendes? —preguntó éste—. No podremos quedamos aquí.
—¿Es que te figuras que quiero salvar mi pellejo quedándome a hacerle compañía al gigantesco computador? —preguntó Ross con sarcasmo—. Si hablamos en voz baja creo que no nos escucharán. El computador, pese a su lógica, nos ha dicho varias cosas que pueden sernos útiles.
—Por Dios, Ross, explícate —dijo Jane impaciente.
—En primer lugar, no ha permitido que el raha prisionero salga siquiera de la celda. ¿Por qué? Su metabolismo puede alterar el medio ambiente. Recordad que está acostumbrado a respirar una atmósfera similar a la nuestra, pero que no contiene un elemento. Por eso el Regidor insistió en que no lo sacásemos de la nave.
—¿Y qué tiene eso que ver con nuestros problemas? —preguntó Toni.
—Esta estación puede hacer aumentar el contenido de esterilizante, ¿no? Estoy seguro que si introducimos un elemento perturbador como sería la presencia del raha, el computador estaría ocupado unos momentos.
—Bien, ¿y qué?
—Tenemos que llegar hasta él.
—No sabemos dónde puede estar dentro de esta inmensa estación.
—Lógicamente cerca de la estancia donde conversamos con él.
—¿Por qué?
—De otra forma no nos hubiera llevado hasta allí. Habría podido hablarnos incluso estando nosotros dentro de la nave. Aunque controle toda la nave, su presencia sólo es poderosa allí. Para dominar las demás dependencias se sirve de computadores menores.

Luego, Ross sacó la pistola oculta. Sonrió.
—No puede detectar armas terrestres, sólo varillas rahas, por ejemplo. ¡Podríamos incluso neutralizarlo!
—¿Qué ganaríamos con ello? Eso no soluciona el problema de la presencia raha en la Tierra...
—Recordad que el computador dijo que él podría aumentar la presencia del argón, xenón u otro elemento minoritario en la Tierra para retardar el momento en que los rahas estuvieran dispuestos a servir de entretenimiento a los milhajos. ¡Aquí tenemos los medios para elevar la presencia de esos elementos en nuestra atmósfera que incluso podría producir nefastas consecuencias en los rahas!
—Y también en nosotros, ¿no?
—Los humanos podrían soportar lo, pero dudo que los rahas lo consigan.
Jane se encogió de hombros y Almanzar barbotó:
—No tenemos nada que perder probándolo. Adelante. ¿Qué tenemos que hacer?
—Lo primero, soltar al raha. Con él en libertad ya veremos lo que pasa. Luego, teniendo ocupados a los computadores auxiliares, regresar a donde nos habló el llamado Regidor.
Almanzar se dirigió al interior de la nave. Jane puso los brazos en jarras y miró fijamente a Ross.
—Cariño, no sé si estás loco, pero estoy contigo: tenemos que hacer algo. Nos queda poco tiempo —blandió su propia pistola, agregando—: De todas formas confío poco en poder reunirnos con nuestros compañeros en la Fortaleza, ya que los rahas nos estarán esperando ansiosos para abatimos apenas nos separemos de la estación.
Toni regresó empujando al raha prisionero. El extraterrestre aún estaba un poco amodorrado. Con pocas contemplaciones, lo echó fuera de la nave, después de quitarle las anillas doradas.
Desde la abierta esclusa, los terrestres vieron al raha. Al principio miró el entorno como si estuviera en el infierno particular de su raza. Luego, trastabillando, se alejó. Le perdieron de vista y Almanzar suspiró, mirando a Ross.
—Bien, ya hemos soltado el anzuelo. ¿Qué pasará ahora?

Recuerda que el regidor nos advirtió que nos haría estallar al hacer tal cosa.
—No lo creo —sonrió Ross—. A veces los cerebros electrónicos también están diseñados para engañar. Por el momento no nos ha sucedido nada.
Almanzar bajó hasta media rampa y desde allí miró con ansiedad.
—Ese bicho gris no se ve por ninguna parte. Y hasta el momento nadie nos ha regañado.
Ross apretó los labios, amartilló su arma y dijo:
—Vámonos.
Corrieron en dirección al pasillo, llegaron hasta donde estaba la alfombra negra. Procuraron no pisarla y dejaron atrás varios ramales de corredores que se alejaban en distintas direcciones. Tal vez el raha había seguido uno de ellos en medio de su inusitado terror.
El camino hasta la sala de conferencias, como ya la había bautizado Jane, sin usar la plataforma negra, resultó excesivamente largo.
Se detuvieron en ella, temerosos. ¿Por qué seguía en silencio el Amo o Regidor de la estación?
¿Acaso todos los esfuerzos los dedicaba a la captura o aniquilamiento del raha suelto por los pasillos?
Ross se abalanzó sobre una de las paredes y empezó a tantearla. Le pareció demasiado recia. A la derecha descubrió una pequeña puerta. No observó ninguna ranura.
—No sé cómo vamos a lograr algo, Ross —dijo, impaciente, Toni.
Por toda respuesta, Ross sacó su pistola y disparó contra la pequeña puerta. Con asombro vieron cómo el metal se doblaba como si fuera una débil lámina de plomo.
—Demonios, el computador principal debía sentirse tan seguro que consintió que le rodeasen de entradas tan débiles —dijo nerviosamente Ross.
De una patada, Ross terminó de quitar la hoja de aquel metal tan blando. Agachado, cruzó un corto túnel y se enderezó rápidamente, al sentirse rodeado de una luz vívida y rosada.

Se sintió empujado por sus compañeros al entrar, pero no pudo apartar la mirada del objeto que se alzaba en el centro de la estancia.
Era como un descomunal huevo alargado, que se truncaba a media altura y convertía en otro más delgado. Toda su bruñida superficie estaba cubierta de pequeños nódulos de multitud de colores.
Sobre el doble huevo, flotando a media altura entre éste y el techo abovedado, había un prisma que giraba sobre su eje.
De aquel prisma surgió la voz, que ya conocían y sabían que pertenecía al Amo.
—Terrestres estúpidos, habéis gritado que os mate. Lo haré tan pronto elimine el ente perturbador que se haya esparcido por la nave.
Siguieron a la alterada frase una serie de cloqueos y chasquidos. Ross se fijó que diversos nódulos se hundían en la superficie de los huevos. La luz que los rodeaba cambió de rosa a verde pálido.
Lentamente, Ross levantó su arma y apuntó contra el prisma, diciendo al mismo tiempo:
—Hay que destruirlo, apuntad a un punto de confluencia. ¡Es un cristal vivo, algo diferente a lo que nosotros conocemos de los computadores, pero esencialmente lo mismo!
Estaba apretando el gatillo cuando sintió que una tremenda descarga eléctrica recorría su cuerpo. Gritó y soltó la pistola, hincando las rodillas en el suelo. Jane soltó un gemido y se dirigía a socorrerle cuando él le gritó:
—¡Déjame y dispara, Jane! ¡Tú también, Toni!
Almanzar se adelantó, pero también sufrió la misma descarga que hiciera tambalear a Ross. Jane pudo disparar, pero la bala rebotó inofensivamente sobre el prisma. A continuación, la chica saltó y cayó al suelo convulsionada.
Ross, desde el suelo, comprendió que las descargas no les abatían al mismo tiempo, sino que parecían requerir cierto número de segundos para actuar.
Con desesperación y toda la rapidez que pudo, volvió a apuntar y puso delante del punto de mira una parte del prisma donde

coincidían varios planos.
Disparó.
El prisma saltó en pedazos, arrojando una lluvia de cristales sobre los huevos salpicados de nódulos.
Jadeante, Ross se alzó y caminó hacia las moles bruñidas.
Las miró con rabia, lleno de impotencia. ¡Dios! ¿Cómo había pensado que iba a poder comprender el funcionamiento del corazón de la estación? Allí había cientos, miles de nódulos de colores. ¿Cuáles debía pulsar para enviar a la Tierra una sobredosis mortal para los rahas?
Se les unieron Jane y Toni cuando la estancia se llenó de voces en un idioma incomprensible. Los computadores auxiliares del Regidor pedían consejos.
Apretando los puños y desencajado, Ross les gritó:
—¡Malditas máquinas, hablad en mi idioma!
— ... *raha localizado en el subsector dos, ocho, siete*...
— ... *Acorralado, asustado y emitiendo elementos perjudiciales para instalaciones*...
— ... *Dispuesto para ser eliminado. Preciso de respuesta afirmativa*...
— ... *Pasado tiempo prudencia de seguridad*...
Las voces átonas de los computadores auxiliares siguieron formulando preguntas, esperando unas respuestas que ya no podían surgir del Regidor.
—Mostrad al raha —dijo Ross—. Quiero verle.
Una nube se formó delante de ellos. Vieron al raha correr por un interminable: pasillo. Ross deglutió trabajosamente. No le gustaba lo que iba a hacer, pero quería saber hasta qué punto los ordenadores obedecerían.
—Destruidle —dijo.
El raha se detuvo. Delante de él habían aparecido dos máquinas que se deslizaban sobre rodillos. De una de ellas partió un rayo, que lo alcanzó y volatizó. Donde estaba el raha sólo había ya un montón de cenizas.
Pálido, Ross volvió a decir:
—Limpiad el pasillo, que no quede rastro de cenizas. Al instante todo— quedó limpio. La imagen se disipó cuando Ross lo pidió

y entonces se volvió a mirar a sus compañeros.
—Creo... Creo que debo pellizcarme para estar seguro de lo que nos está pasando.
Jane soltó una risa entrecortada, nerviosa.
Ross se plantó de nuevo delante de los centelleantes nódulos.
—Quiero que... —empezó a decir.

CAPÍTULO X

Godwin abrió la puerta del despacho de sir Walter Kensington y arrojó sobre la mesa una vieja cartera de piel. Luego bajó la mirada.
—Lo siento, señor —dijo—. Fong Nge fue alcanzado cuando se dirigía a la Fortaleza a campo traviesa. Murió luchando junto con los dos hombres que le seguían.
Kensington rozó con sus arrugados dedos la descolorida cartera. La conocía perfectamente. Su fiel colaborador conservaba dentro diversos documentos, como su viejo pasaporte vietnamita. Había nacido en China, pero nacionalizado en Vietnam durante los últimos meses de ocupación americana. Desde entonces estuvo con él.
Habían transcurrido muchos años y el anciano reprimió unas lágrimas. Tomó la cartera y la guardó dentro de uno de los cajones.
Godwin se encogió de hombros.
—No lo sé. Ningún rastro de los demás. Cuando me hirieron estaba cerca de Ross Shield, Jane Yeoman, Toni Almanzar y... Miles. Los rahas atacaban y tuve que retirarme, arrastrando la pierna que me alcanzaron. Perdí casi medio dedo meñique izquierdo.
—Sé que has hecho más de lo que has podido, Godwin.
Gracias.
—¿Desea que envíe nuevas patrullas por los alrededores, señor?
El viejo negó con la cabeza.
—Han pasado dos semanas, Godwin —dijo—. Si ya no han

dado señales de vida... Es inútil. Gracias por todo. Puedes retirarte.
El hombre se marchó. Todavía cojeaba un poco, pero el viejo admiró el valor de Godwin. Ahora, una vez comprobada la desaparición de Fong Nge, sería preciso elegir un nuevo lugarteniente suyo, que se ocupase de las unidades armadas.
Habían salvado la Fortaleza, pero a cambio de perder varios hombres muy cualificados. Todos los ocupantes de la sección B se salvaron, pero a cambio de que Fong Nge y Ross Shield causasen baja.
Muy despacio, Kensington se volvió para mirar a Justo Gómez y René Pertier, ambos sentados al lado derecho de su mesa.
—Ahora podemos estar seguros que los rahas no sospechan de la existencia de la Fortaleza. Con la desaparición de Miles se borró toda posibilidad de que nos localizasen —suspiró el anciano, tosió y se limpió los labios con un pañuelo—. Bien, debemos seguir con nuestros planes. René, ¿qué ha obtenido después de despedazar el último raha?
El francés se alzó de hombros.
—Apostaría que la raha es una raza forzada a una evolución. Lógicamente se tratan de una mezcla de felinos y múridos que aún deberían estar en un estadio muy inferior. Su mente es activa, pero dudo que progresen aunque pasen siglos. Sencillamente, señor, están acondicionados, sometidos a una programación genética férrea...
—¿Quiere decir que fueron manipulados con algún fin?
—Más o menos. Por desgracia mis investigaciones no pueden ir más allá. Ni con cien años de trabajo llegaría más lejos. Lo siento.
Kensington sonrió con amargura.
—Habíamos confiado en obtener alguna conclusión que nos indicase el camino de la victoria. ¿Y usted, Gómez?
—Desde que dispuse de los medios de la Fortaleza para mis estudios me dediqué nuevamente a vigilar la presencia de ese misterioso satélite artificial que descubrí en Almería. No estoy seguro, señor, pero hace catorce días sucedió algo extraño... —Gómez titubeó y su arrugada frente se cubrió de más arrugas.

—Siga. ¿Qué vio?
—Una nueva batalla, aunque ésta de menor magnitud que la detectada hace años. Unas ocho o diez naves rahas fueron destruidas, pero una fue capturada e introducida dentro de esa estación. Permanecí cinco días más pegado al telescopio, pero cansado me retiré. Ayer vi que un objeto se desprendía de la estación. ¿La misma nave que fue absorbida? No lo sé.
—¿Algo más?
—Mis ayudantes estuvieron dedicados a otros aspectos de observación, señor. Empecé a reunir datos que al principio nada significaron, pero que hasta ayer empezaron a formar algo interesante.
»Empecé a meditar sobre todo lo sucedido desde que los rahas atacaron la sección B. Lógicamente no debieron haberse retirado al día siguiente. ¿Por qué no rastrillaron la zona? Con un poco de suerte pudieron habernos localizado, descubrir que la sección que destruyeron sólo fue una diversión de despiste, que la Fortaleza que buscaban estaba apenas a unos diez kilómetros, bien oculta bajo tierra. Apenas se quedaron unas cuarenta horas. Recuerde, señor, que empezamos a alarmarnos ante su prolongada presencia —ante el movimiento de asentimiento del anciano, Gómez siguió diciendo—: Entonces, súbitamente, recogieron sus máquinas de guerra y naves y se retiraron. ¿Por qué? Diariamente revisamos el contenido atmosférico, del cual los últimos días empezó a disminuir la presencia de algunos elementos minoritarios. Pues bien, coincidiendo con la retirada de las fuerzas enemigas, notamos el incremento del xenón y el helium.
»Y hoy mismo su porcentaje ha crecido en un doce por ciento, algo inaudito. No sólo ha superado el nivel normal, sino que lo ha superado. Consulté con los informes procedentes de Londres y otros lugares con los que mantenemos contactos y si al principio los comunicados no contenían nada sobresaliente, para mí sí ofrecían un campo particular desde hace unos días.
»Por ejemplo, algunos hombres y mujeres notaron que la fuerza de sus collares azules y verdes disminuía. Los más osados llegaron a quitárselos. Resultado: Nada de quemaduras ni

muertes por congelación. ¡Incluso los temidos collares rojos podían desprenderse, como si no tuviesen vida! En las ciudades, sobre todo en Londres, la gente no cree lo que sucede desde ayer. Los rahas apenas salen de sus cubiles, han cesado de sobrevolar las zonas más conflictivas, no ejecutan a los que dejan de trabajar en las minas o transportando los minerales y cultivando los campos.

»Se ha desatado una furia entre los esclavizados humanos, quitándose sus collares. ¿Dónde están los rahas? Seguramente están pasando un mal momento en sus recintos —Gómez suspiró—. ¡Si pudiéramos saber lo que está pasando en los otros continentes!

Las manos de Kensington temblaron visiblemente. ¿Qué estaba pasando en el exterior? Cierto que Godwin le había ya dicho hacía cinco días, después de regresar de una de sus infructuosas patrullas en busca de los que se perdieron después de la batalla en la sección B, que los deslizadores rahas no hacían acto de presencia en los cielos de Inglaterra como tenían por costumbre. Entonces no prestó mucha atención, pero el informe de Gómez coincidía con las apreciaciones de Godwin.

—Tendré que enviar una patrulla a Londres —musitó restregándose las manos. Alzó la cabeza y sintió sobre sí las miradas fijas de los dos hombres—. Suceden cosas extrañas, señores. Si no hubiera vivido tantos años de incertidumbre, pesar y desesperación... No sé. Creería que estamos en la antesala de grandes acontecimientos...

—Señor, en algún lugar del mundo debe haber una nave que los terrestres construyeron, capaz de viajar al espacio —dijo Gómez—. No debemos desechar el proyecto que le decidió a unir a las principales guerrillas de Inglaterra.

—¿Conseguir una nave a los rahas? —sonrió Kensington—. Eso requerirá tiempo y un plan minuciosamente...

Se interrumpió cuando la puerta de su despacho se abrió violentamente. Dirigió una mirada iracunda hacia el alterado Godwin, quien apoyando irrespetuosamente las manos sobre la mesa, exclamó:

—Señor, una nave raha descendió sobre la Fortaleza...
—¿Cómo lo han permitido? —estalló Kensington.
—Las defensas no hicieron fuego porque se aproximó radiando un mensaje. ¡Decía que era Ross Shield! y por mis antepasados que debió ser tan contundente que nadie dudó, nadie pensó que pudiera ser una trampa de los rahas.
El anciano se incorporó temblando, aferró un brazo de Godwin.
—Por Dios. ¿Quieres decir que Ross ha vuelto a bordo de una nave raha?
—¡Una nave espacial! Y con él están Toni Almanzar y Jane Yeoman.
—Quiero verles inmediatamente —musitó Kensington.
— Ya los traen, señor.

* * *

Ross ayudó a Sir Walter a descender del coche. Vio que el anciano estaba emocionado ante la presencia de las ruinas del Palacio Real. Todos, los alrededores estaban llenos de hombres y mujeres armados, conteniendo a las multitudes que de todos los barrios londinenses habían acudido aquel día.
—Tal vez no debió haber venido, señor —le dijo Ross. Pero recibió una negativa. El viejo se enderezó y su estatura pareció crecer.
—No me abaten esas ruinas, muchacho.
—Algún día estas ruinas serán reconstruidas, señor. Usted lo verá.
De nuevo negó Kensington.
—No. Eso será lo último que se debe hacer. Antes deben dedicarse los esfuerzos a cosas más importantes. Tal vez cuando la Tierra sea reconstruida y las naciones recobren el pulso... Entonces, tal vez. Pero los sentimientos deben ser relegados ante las causas prácticas.
Apoyado en su bastón con empuñadura de plata, el viejo político empezó a caminar hacia las ruinas. Los viejos londinenses le habían reconocido. Las madres intentaban explicar a sus hijos quien había sido aquel hombre, lo que

representaba.
Ross se alejó en dirección al parque, preguntándose si todo el mundo comprendería el símbolo que sir Walter representaba.
Jane le esperaba. Estaba más bonita que nunca. La enlazó por la cintura y ambos caminaron hasta el helicóptero donde estaba Almanzar.
—Hola, Ross —saludó Toni. Fumaba un largo cigarro con fruición.
—¡Hola, Toni! ¿Qué tal tu periplo por Europa y África? Toni se encogió de hombros.
—Hay de todo. Algunas regiones están irrecuperables. Al menos estarán así por muchos años. Pero la situación en general es buena. Los rahas terminaron de morir hace exactamente veinte días. Así ha ocurrido en todas partes del mundo. En el canal se aprestaron unos barcos y ahora navegan hacia América. Ya recibimos algunos mensajes de allí y todo parece marchar bien. La humanidad saldrá de ésta, Ross.
—Así lo espero —levantó la vista, como si quisiera ver algo en aquel cielo azul que brillaba en Londres—. ¿Y el satélite de Milhaj?
—Sigue allí, silencioso, según me dijo Justo Gómez. Lo inutilizamos a conciencia cuando enviamos a la Tierra dosis masivas de xenón y helium, Ross. Sus dueños nunca sabrán donde está ahora. Lo buscarán inútilmente por todo el Universo.
—Sus juguetes han desaparecido. Los rahas faltarán a la cita para jugar a la guerra contra ellos. ¿Qué les sucederá?
—No soy adivino, pero tal vez René te pueda describir una visión poco agradable para los milhajos. Si les falta el aliciente que crearon tal vez su raza milenaria se derrumbe en unos años o siglos.
—Ojalá suceda antes que nos descubran —musitó Ross.
—¿Por qué dices eso?
Ross sonrió.
—No quiero que nos conviertan en sus próximos muñecos bélicos.
—¿Tendrán tiempo para ello? Además, tenemos experiencia con las visitas alienígenas. No nos dejaremos seducir una vez

más.
—Y no olvidemos lo que los rahas nos han dejado. La humanidad ha estado a punto de perecer en sus manos —dijo Jane—; pero en cambio hemos avanzado siglos. Tenemos sus naves espaciales, Podremos ir a las estrellas apenas nos organicemos, usando una tecnología que no habríamos alcanzado en mucho tiempo. Si alguna vez aparecen los milhajos nos hallarán fuertes, mucho más que lo fueron los rahas.
Ross la besó.
—En eso tienes razón, cariño —de pronto arrugó el ceño—. ¿Es cierto lo que dicen por ahí. Godwin?
—¿Acerca de qué?
—Que piensas volver a Francia.
—¿Y si así fuera?
—Quiero acompañarte.
Ella sonrió alegre.
—Pensaba hacerlo, pero no tengo prisa. ¿Acaso pensabas que ahora podía dejar a Kensington, con todo este inmenso trabajo que tenemos delante? No olvides que hay millones de niños que debemos enseñar a leer y escribir. Hemos vencido a los rahas justo a tiempo para impedir que la raza humana se derrumbe.
Ross asintió. Miró otra vez al anciano político, rodeado ahora de jefes de guerrillas, hablando con enfervorizada voz, como si hubiera rejuvenecido veinte años y estuviera en el Parlamento.
Dirigió un pensamiento a Miles. ¿No había sido gracias a él que consiguieron dominar la estación y desde ella abrumar a los rahas con los elementos atmosféricos que les resultaban nocivos además de esterilizantes? Cuando contó a Godwin lo sucedido, palpó la emoción en el rudo guerrillero. Se estrecharon las manos y Godwin no pudo articular palabra, debido a la emoción. .
Cogidos del brazo se alejaron unos metros. Ross pisó algo, maldijo entre dientes al descubrir lo que era y de un puntapié lo arrojó lejos. Jane le miró un poco extrañada. —¿Qué era? —preguntó.

—Nada, algo que fue hace tiempo muy desagradable.

Y Ross señaló un inutilizado collar rojo.

Más allá, un grupo de niños era conducido por una mujer. En los cuarteles cercanos de la guardia real se habían improvisado unas aulas.

La generación que nació con el dominio raha estaba iniciando el curso.

FIN